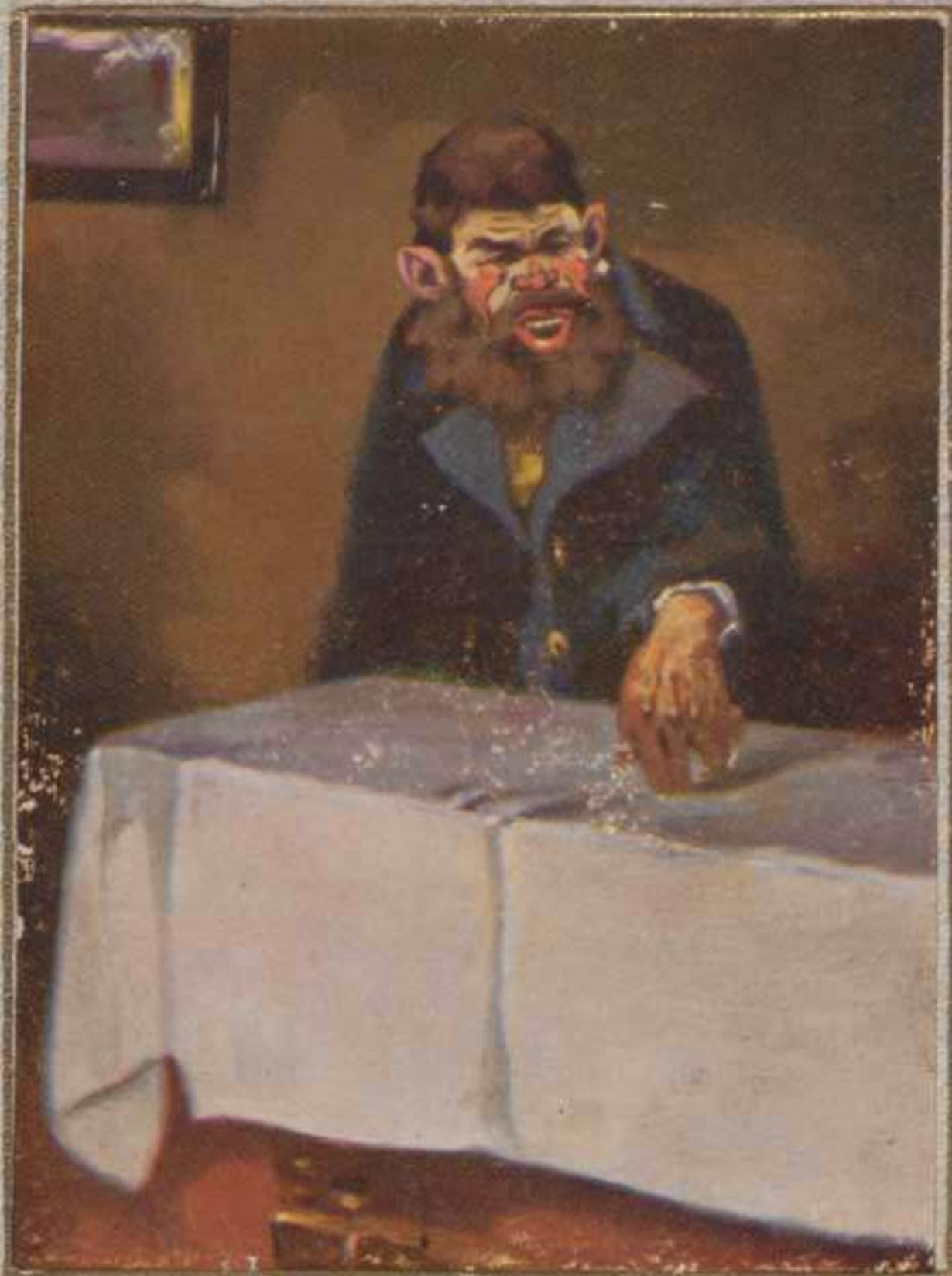


LA TIENDA  
DEL ANTICUARIO



COLECCION ARALUCE

0072-37

125

275

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes  
Premiadas en la Exposición de Leipzig



**LA TIENDA  
DEL  
ANTICUARIO**

OBISPADO DE BARCELONA

---

NIHIL OBSTAT.

*El censor,*

Antonio Aragón Fernández  
Pbro.

---

Barcelona, 9 de septiembre de 1927

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

*Por mandato de su Excia. Ilma.*

Dr. Francisco M.<sup>o</sup> Ortega de  
la Lorena,  
Canciller-Secretario

P. 2.75 pts.

CARLOS DICKENS

# LA TIENDA DEL ANTICUARIO

ADAPTACIÓN PARA LA JUVENTUD

POR

JOSÉ BAEZA

CON ILUSTRACIONES DE

ALBERT



*Vol. 52°*



CASA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392-BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

*J.*

CAROLINE DICKENS

# LA TIENDA DEL ANTICUARIO

ANTICUARIO DE LA BARRIO

EN

LA BARRIO

LA BARRIO

LA BARRIO

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LA BARRIO

LA BARRIO

LA BARRIO

# ÍNDICE



	<u>Págs.</u>
I La familia del Anticuario . . . . .	9
II El Enano Quilp . . . . .	24
III En la miseria . . . . .	33
IV A lo largo de los caminos . . . . .	47
V El buen Cristobalón y el perverso Quilp.	67
VI Las figuras de cera . . . . .	77
VII El personaje misterioso . . . . .	85
VIII La pista . . . . .	100
IX El ladrón . . . . .	111
X El triunfo de la verdad. . . . .	125
XI La felicidad vuelve . . . . .	135

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Quilp el perverso. . . . . *Frontis*

	<u>Págs.</u>
—¡Elena!, ¡Hija mía!... . . . .	10
Daniel Quilp era un ser tan extraño... . . . .	24
—¿Por donde ha entrado Vd.?— . . . .	34
...hallaron a dos extraños individuos, ... . . . .	53
...coceaba y resoplaba poniendo en... . . . .	68
—He aquí el tristemente famoso... . . . .	83
...la puerta se abrió cuando menos... . . . .	92
Muerto de miedo con las... . . . .	134

# INDEX

1	The history of the...
2	...
3	...
4	...
5	...
6	...
7	...
8	...
9	...
10	...
11	...
12	...
13	...
14	...
15	...
16	...
17	...
18	...
19	...
20	...

## APPENDIX

1	...
2	...
3	...
4	...
5	...
6	...
7	...
8	...
9	...
10	...
11	...
12	...
13	...
14	...
15	...
16	...
17	...
18	...
19	...
20	...

## PRÓLOGO

*El autor de la obra cuya adaptación se me ha confiado, ha sido uno de los más grandes novelistas del mundo.*

*La vida fué bastante dura con él, cuando menos en los años de su infancia.*

*Nació el año mil ochocientos doce en la pequeña isla de Portsea, Inglaterra, y murió en el mil ochocientos setenta.*

*Su padre era habilitado de la marina inglesa, cargo muy importante y bien pagado, pero fué contrayendo deudas que después no pudo satisfacer por lo que se le recluyó en la torre de los deudores (1), donde estuvo dos años.*

*Carlos Dickens era todavía muy niño cuando, con objeto de ayudar a su madre en la lucha contra la miseria, entró de recadero en la fábrica de betún de un pariente suyo.*

*La situación de la familia fué mejorando y Dickens pudo hacer algunos estudios. Después fué pasante de un notario y más tarde reportero de un importante periódico inglés.*

*En 1833 publicó su primera obra y a esta siguieron otras muchas, que le hicieron famoso en el mundo entero.*

---

(1) En aquella época existía en Inglaterra una cárcel especial para los que no pagaban sus deudas. Dickens la describe y hace sobre ella comentarios magistrales en algunas de sus novelas.

Sus obras más celebradas son: «El canto de Navidad», «David Copperfield», «El grillo del hogar», «La tienda del anticuario», «Papeles póstumos de mister Pickwick», «Oliverio Twist», «La pequeña Dorrit» y acaso alguna otra, aunque, a decir verdad, todas las obras de Dickens son maestras.

«David Copperfield» tiene el particular encanto de ser autobiográfica.

Dickens es una especie de padre del humorismo moderno. Es el suyo un humor manso y dulce, que en «El canto de Navidad» nos eleva a los más altos hemisferios del sentimiento y del arte.

Ni Shakespeare, ni Cervantes, ni ninguno de los grandes hombres de letras que ha conocido el mundo, ha sabido ahondar tanto en el humorismo y obtener de él efectos tan puros, tan sanos, tan eficaces, tan fuertes.

Como vais a ver, esta obra es una verdadera delicia de ingenio, interés y realidad.

Por ella desfilan personajes como el enano Quilp, el cual se ha hecho inmortal. La protagonista, Elena, es un bello ejemplo que todos vosotros, jóvenes lectores, debéis seguir. Fijaos bien en esa niña tan buena, tan dulce, tan abnegada, que todo lo cifra en el deber y en el cariño inmenso que profesa a su abuelito.

J. B.

# LA TIENDA DEL ANTICUARIO

---

## I

### LA FAMILIA DEL ANTICUARIO

Ya es de noche. El suburbio de la gran urbe inglesa está sumido en un reposo completo. Las retorcidas callejas, los viejos edificios, la obscuridad reinante, sólo interrumpida aquí y allá por alguna débil lámpara del alumbrado público o el resplandor amarillento que se escapa por alguna ventana abierta, prestan a aquel extremo de la población un aspecto misterioso e inquietante.

En uno de estos angostos callejones hay un establecimiento que atrae particularmente la atención de los escasos transeúntes, por su aspecto extraño y miserable. Tiene una puerta con media docena de cristales, algunos de ellos incompletos, y sobre ella hay un rótulo que reza : «Anticuario».

De súbito, por la esquina, aparece una niña angelical, de ojos claros y cabellos castaños, pero muy humildemente vestida. No representa tener más de doce o trece años. Sus pasos lentos y torpes, denotan el cansancio que abrumba a su cuerpecito.

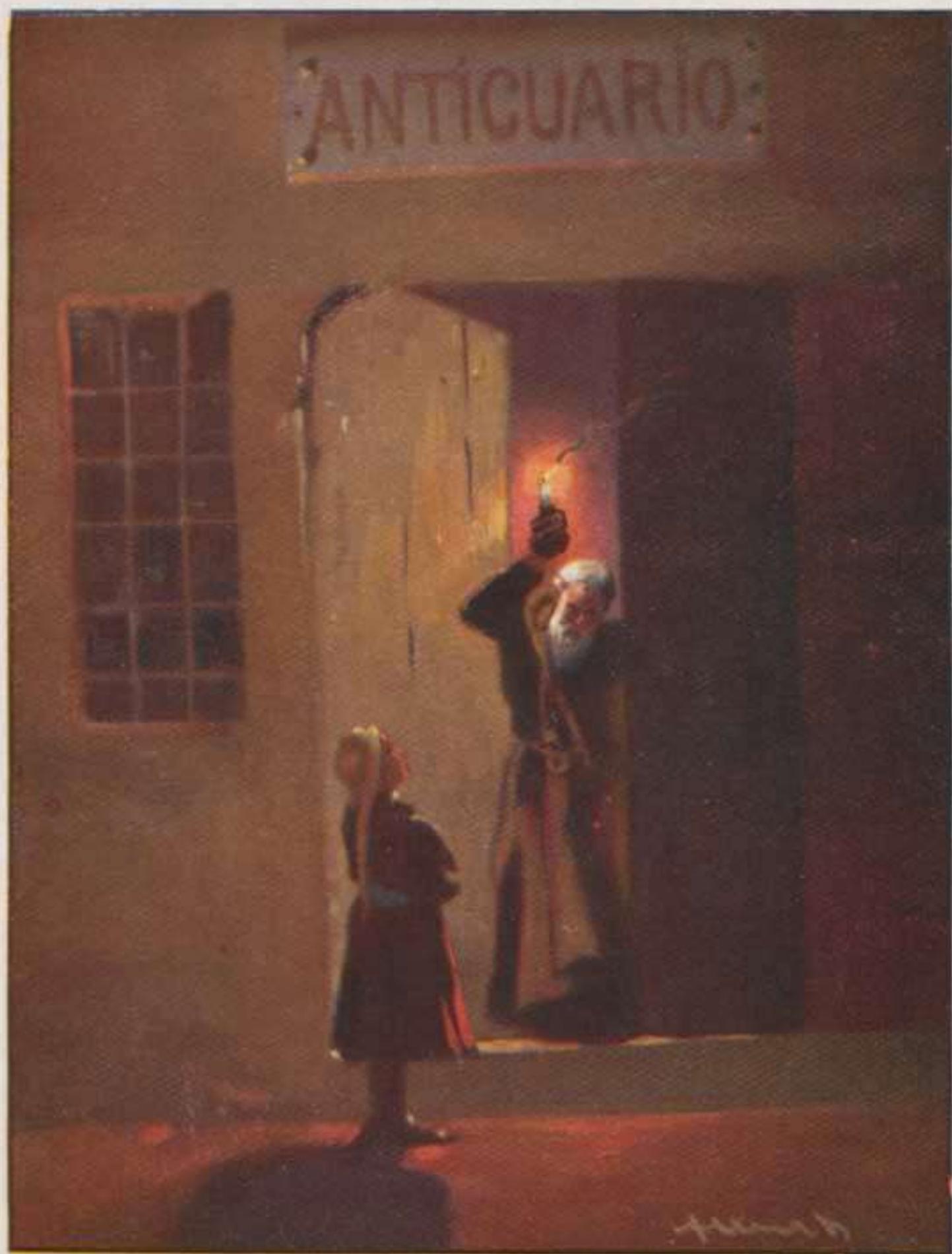
Al llegar frente a la tienda de antigüedades, se detiene y llama. En seguida sale a abrirle un anciano provisto de una bujía. Entra la niña y el viejo vuelve a cerrar.

—¡Elena!, ¡hija mía! ¡Cuánto has tardado!

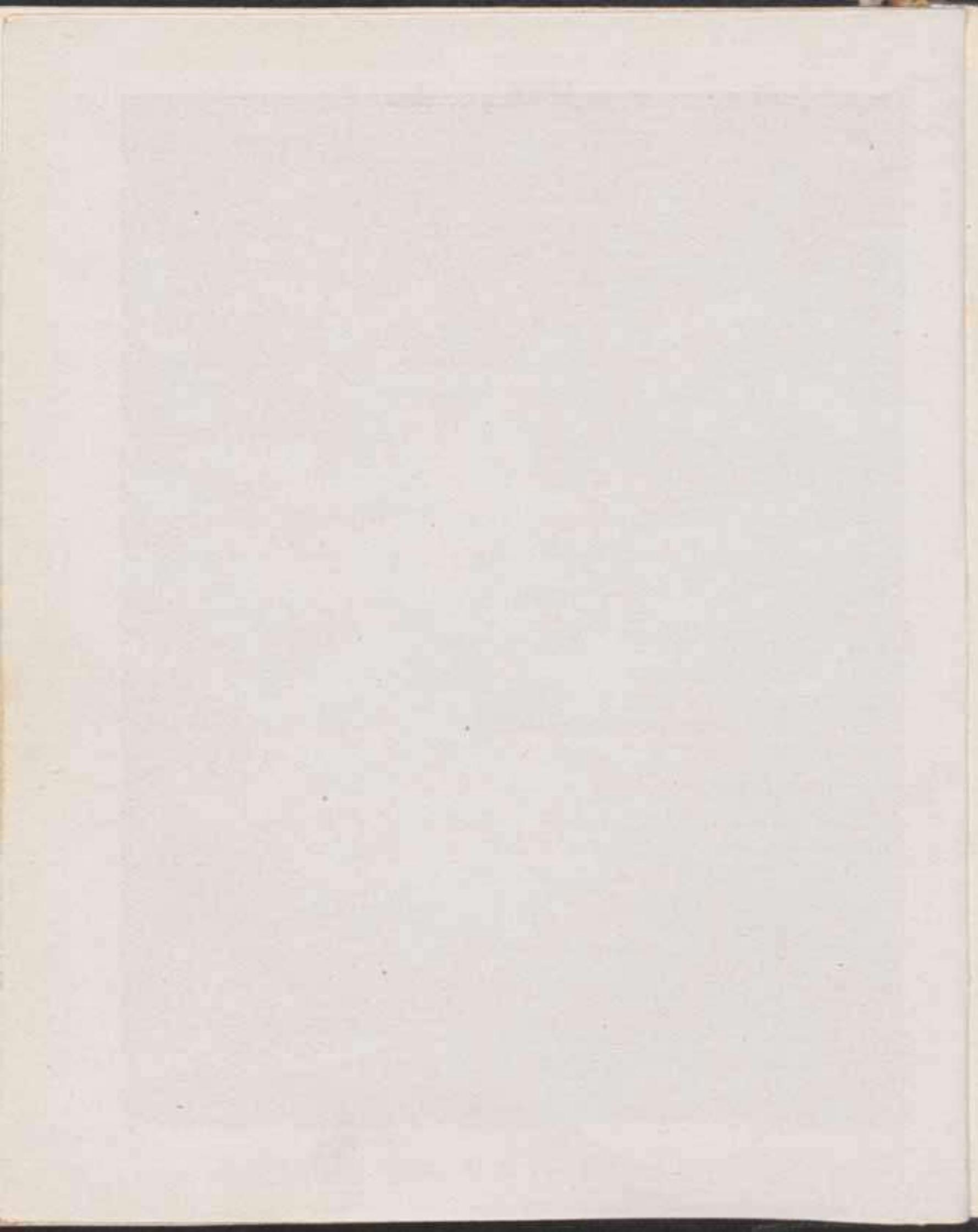
—¡Estaba tan lejos, abuelito!

El recinto en que se hallan, está lleno de objetos de todas las especies. Los tapices, las lámparas, los muebles, los libros, se amontonan en el suelo, cubren las paredes o penden de la techumbre. Todo está viejo, oxidado y carcomido por el tiempo. De aquella estancia pasan a otra más reducida y amueblada lo más pobremente que pueda concebirse.

La niña se va por una puertecilla que conduce a una tercera habitación, y el viejo queda en la trastienda. A la luz del candelabro



— ¡Elena!, ¡hija mía!



que esparce su resplandor desde la mesa que hay en el centro, el rostro del viejo se deja ver claramente. A pesar de la huella que han dejado en él los años y las infinitas luchas, se comprende que en otro tiempo fué hermoso. Ondulantes cabellos grises orlan su frente, y unos ojos serenos, claros y azules, le dan cierta semejanza con la nietecita que acaba de llegar. Pero todo su cuerpo denota una fatiga inmensa. Sus movimientos son inseguros. Las arrugas marcan sobre su tez un enrejado de decrepitud y sufrimiento.

—¿Trajiste eso, Elenita?

—Sí, abuelo—reponde la niña reapareciendo en la trastienda después de haber cambiado el modestísimo pero pulcro traje de calle por otro más sencillo aún.

—¡Dame, dame, hija mía!

Y, afanosamente, tiende la mano y se guarda el sobre cerrado que le entrega la niña.

¿Qué encierra este sobre? Elenita no lo sabe ni trata de averiguarlo. Su abuelito la envía con cartas a casa del enano Quilp, y el enano Quilp entrégale aquellos sobres misteriosos con la recomendación de que cuide

muy bien de no perderlos, pues ello significaría una verdadera catástrofe. Elenita no pregunta nada. Sabe que su abuelito la quiere mucho, muchísimo, y no puede dudar de que aquellos sobres representan «su futuro bienestar», que es lo que el viejecito le dice todas las noches, cuando vuelve de realizar sus enigmáticos recados.

Una vez que se ha guardado el sobre, el abuelito muestra deseos de cenar, y la niña, como una consumada ama de casa, pone la mesa ligeramente y saca de la cocina la humeante olla.

Abuelo y nieta se sientan a cenar. En la mesa hay un tercer plato y una tercera silla. ¿Para quién? En el instante en que los comensales van a hundir su cuchara en el plato, llaman a la puerta y aparece un muchacho de singular aspecto. Mofletudo, con una nariz respingada y de grandes fosas, con una boca que poco falta para que llegue de oreja a oreja, posee una fealdad a cuya sola vista la niña rompe a reír infaliblemente.

—¡Hola, Cristobalón! También tú has tardado.

—Estaba muy lejos, mi amo.

—Lo comprendo. Debes de estar cansado y tener apetito.

—Muy cansado estoy, pero no tanto que mi boca no esté dispuesta a abrirse y cerrarse con todas las fuerzas de sus dientes. ¡Uy, uy, uy, qué hambre tengo!

—Pues a cenar. Aquí te aguarda el plato.

—Y aquí está el pan, Cristobalón—añade Elenita—. Toma. Toma y muerde fuerte. ¡Hala, Cristobalón!

A los gritos estimulantes de Elenita, Cristobalón se sienta, abre su enorme boca y se lleva de un solo mordisco poco menos de medio pan.

Como hay buen apetito y la cena es poco abundante, a los cinco minutos los tres han terminado, y el viejo dice a Cristobalón:

—Anda, vete ya, que es muy tarde y mañana has de madrugar, pues hay mucho trabajo.

—¿A qué hora quiere mi amo que vuelva?

—pregunta el mozo poniéndose en pie y colocándose la gorra.

—Cuanto antes mejor.

—Está bien. Buenas noches.

Y después de dar un cariñoso pescozón a Elenita, sale de la tienda, dejando nuevamente a abuelo y nieta solos.

El anticuario permanece atento un instante. Después se dirige a la tienda, abre la puerta y mira a la calle. Cuando vuelve, dice a Elenita con tono extraño :

—Anda, hijita, dame el abrigo.

La niña, sin rechistar, le entrega la prenda después de cepillarla y le da también el sombrero.

—Y tú a dormir : ¿Me oirás cuando llame?

—Con un solo golpecito en la puerta bastará para que me levante, abuelo.

—Bien, bien, hijita, niñita mía—dice el viejo nerviosamente—. Adiós, adiós. Esta noche... No, no serás pobre : te lo aseguro. Por ti todo, niña de mi corazón, hija del alma mía. Adiós, adiós.

Y la besa repetidamente y sale de la tienda.

La puerta se cierra tras él. Elenita pasa el cerrojo. Después vuelve a la trastienda, recoge los platos, ordena las sillas, apaga las luces

del candelabro, y, con una sola bujía en la mano, se retira a su habitación.

Momentos después, la casa del anticuario se halla sumida en profundo y letárgico reposo.

\* \* \*

Es ya casi la hora del alba, cuando en la puerta de la tienda resuenan dos débiles golpes.

Elenita, que aunque duerme dijérase que tiene pendiente la atención de estos esperados golpes, salta del lecho, se viste en un santiamén y va a abrir: el abuelito entra.

Este viene pálido y demudado. Los ojos le relampaguean extraordinariamente. Sus manos tiemblan.

Pero Elenita no tiembla. Son ya muchas noches las que le ha visto aparecer así y sabe que al abuelito se le pasará todo durmiendo. Por eso se apresura a conducirlo a su habitación y lo deja en ella después de decirle:

—Es ya muy tarde, casi de día, y debes de estar fatigadísimo. Acuéstate en seguida, abuelito, y duerme. Entre Cristobalón y yo

abriremos la tienda y la atenderemos durante toda la mañana.

Y mientras se aleja, oye que el abuelito murmura una y otra vez:

—No quiere Dios, no quiere Dios...



Elenita ya no se acostó. Preparó su desayuno y el de Cristobalón, hizo en la casa una rápida limpieza y se sentó a esperar al aprendiz.

Este llegó cuando el sol comenzaba a dorar las cimas de los tejados. Llamó, corrió Elena a abrirle y, después de tomarse una taza de té en su compañía, abrió de par en par la puerta de la tienda. Ayudada por Cristobalón, quitó el polvo a los viejos tapices, a las oxidadas lámparas, a la multitud de cachivaches que cubrían casi totalmente el piso y, al fin, fatigada, se dejó caer en un antiguo sillón frailuno que llevaba algunos años aguardando comprador.

—Tú, Cristobalón, puedes ir a hacer los recados que tengas pendientes. Yo guardaré la tienda entre tanto.

Cristobalón se fué y Elena quedó sola y abstraída en sus pensamientos.

De pronto, la tienda se ensombreció y Elena, sorprendida, levantó la cabeza. Era que dos individuos habíanse plantado en el umbral, dificultando el paso de la luz.

Elena, reconociendo a su hermano Federico en uno de ellos, se puso en pie, aunque sin gran entusiasmo.

—¡Hola, nenita! ¿En qué pensabas?

—¡Oh, en nada!—repuso la niña sonriendo.

—Seguramente que no pensabas en mí—replicó el hermano con una sonrisa que podía ser de tristeza—. Nuestro buen abuelo te llenará la cabeza con cuentos relativos a mi perversidad. Te dirá que soy un monstruo, un criminal que se come a los niños crudos.

—El abuelo no dice cosas semejantes.

—¿Qué te cuenta, entonces?

—Nada, de ti nada absolutamente.

—¡Bah, bah! ¿Crees que soy tonto? Entonces, ¿cómo se explicaría ese odio que me tienes?

—No te odio.

—¿No?

—No : eres mi hermano—repuso la niña sencillamente.

—Bien, bien, no discutamos... He venido porque este amigo quería conocerte.

Y se volvió hacia el joven que le acompañaba.

—Ricardo Seville.

Este se descubrió ceremoniosamente y se inclinó para poder dar la mano a Elenita.

—Señorita Elena... ¿No se llama usted así? Federico, ¿no se llama así tu hermana?

Federico asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya decía yo—prosiguió Ricardo—que me parecía haberte oído pronunciar este nombre. Pues bien, señorita : representa para mí un verdadero placer el poder estrechar la mano de quien por tan estrechos lazos está unida a mi grande, a mi inmenso, a mi mejor amigo.

Elena le dirigió una sonrisa y fué a decir algo, pero Ricardo prosiguió :

—Señorita : tiene usted un hermano ejemplar, hermano único, que, con su talento in-

comparable, su alma sin par, sabe sembrar en su derredor el amor, la cordialidad y la simpatía. Y si esto logra su hermano ¿qué no logrará usted siendo mujer, siendo tan joven, siendo tan bella?

Y aun hubiera proseguido su discurso si en aquel instante no apareciera por la puerta que conducía a la trastienda, la figura encorvada del anticuario.

—¡ Ah ! Ya lo presumía yo. Aunque la voz que oí fué la de este joven y no la tuya—dijo a Federico,—pensé : Aquí está el bribón de mi nieto. Es decir... ¿de mi nieto? No ; yo no quiero ser abuelo tuyo.

Federico se inclinó con exagerada reverencia.

—Muchas gracias. Pero has de saber, abuelo, que aunque no quieras, nieto tuyo soy.

—Para mi desgracia.

—Y, sobre todo, hermano de esta pobre niña que te ayuda inmerecidamente a amontonar el oro en tus arcas.

—No digas eso, Federico — replicó Elena—. El abuelo no obtiene de mí más bene-

ficio que el del calor de mi corazón. Somos pobres.

Federico se echó a reír.

—¡A otro con ese cuento! El abuelo dice que es pobre, como lo dicen todos los que tienen miedo a que les roben.

—Te aseguro...

—Que no, que no, que no me lo creo.

—¡Déjalo, hija mía, déjalo!—dijo el anciano—. No sacarás nada discutiendo con él.

Ricardo intervino :

—¡Discutir, discutir!... ¡Ingrata palabra. Deséchese la discusión y sea todo charla amistosa y cordial. Que el abuelo perdone al nieto y que el nieto halle calor familiar donde ahora no encuentra más que palabras duras. ¿Qué es un hogar? Un hogar es un nido de las almas; un refugio de consuelo para los corazones. Y, sin embargo...

—No te esfuerces. Es inútil—le interrumpió Federico—. Lo que debía ser nido de almas no es más que pozo de rencores. En fin, amigo mío, conseguido nuestro propósito, esto es, presentarte a mi querida hermana y verla también yo, como regularmente hago para que

no me pierda el afecto, vámonos. ¿Caballero?—dijo inclinándose ante el anticuario.

Y después de besar a Elena y de insistir en que no se olvidara de que en el mundo había un hombre que llevaba su misma sangre, salió de la tienda de antigüedades en compañía de Ricardo, el cual habíase también despedido ceremoniosamente del abuelo y de la nieta.

Apenas hubieron perdido de vista la tienda del abuelo, Federico preguntó a Ricardo:

—¿Qué te ha parecido?

—¡Oh, un gran establecimiento! ¡Una magnífica tienda!

—No hombre, no; no me refiero a eso.

—¿A tu abuelo, entonces? ¡Ah, un abuelo muy salado!

—¡No, caramba! Hablo de Elena, de mi hermanita.

—¡Oh, encantadora!

—¿Sí?

—Palabra de honor.

—Entonces escucha una cosa. ¿Quiéres casarte con ella?

—¡ Hombre, por Dios, es todavía una niña !

—¡ Naturalmente ! No ha cumplido todavía los catorce años. Pero no digo que te cases hoy ni mañana. Hablo del futuro, de dentro de tres, de cuatro años...

Ricardo estaba tan asombrado al ver que Federico hablaba en serio, que no halló palabras para responder.

—Te conviene a todas luces—prosiguió el hermano de Elena—. Es bonita, es buena como un ángel y, además, rica, pues así como yo estoy desheredado por mi abuelo, ella es la única heredera de su gran fortuna.

Ricardo comenzó a parpadear con velocidad inusitada. Estiró el cuello, volvió a mirar a Federico y exclamó :

—¿ Una gran fortuna ?

—Una grandísima fortuna que puede pasar íntegra a tus manos.

—Pero lo que no comprendo, Federico de mi alma, es qué interés puedes tener tú en que yo sea rico.

—¿ Crees acaso que el dinero iba a ser sólo para ti ? No, hijito, no. Ya arreglaríamos las

cosas de modo que la fortuna fuera para los dos: la mitad para ti, la otra mitad para mí.

—¡ Ah, claro ! ¡ Qué torpe soy ! ¿ Cómo no lo comprendí antes ? Pues nada, aceptado : la mitad para cada uno.

Se dieron la mano.

Ricardo añadió :

—Ahora vayamos a celebrarlo gastándonos los últimos peniques de nuestro caudal.  
¡ Viva la alegría !

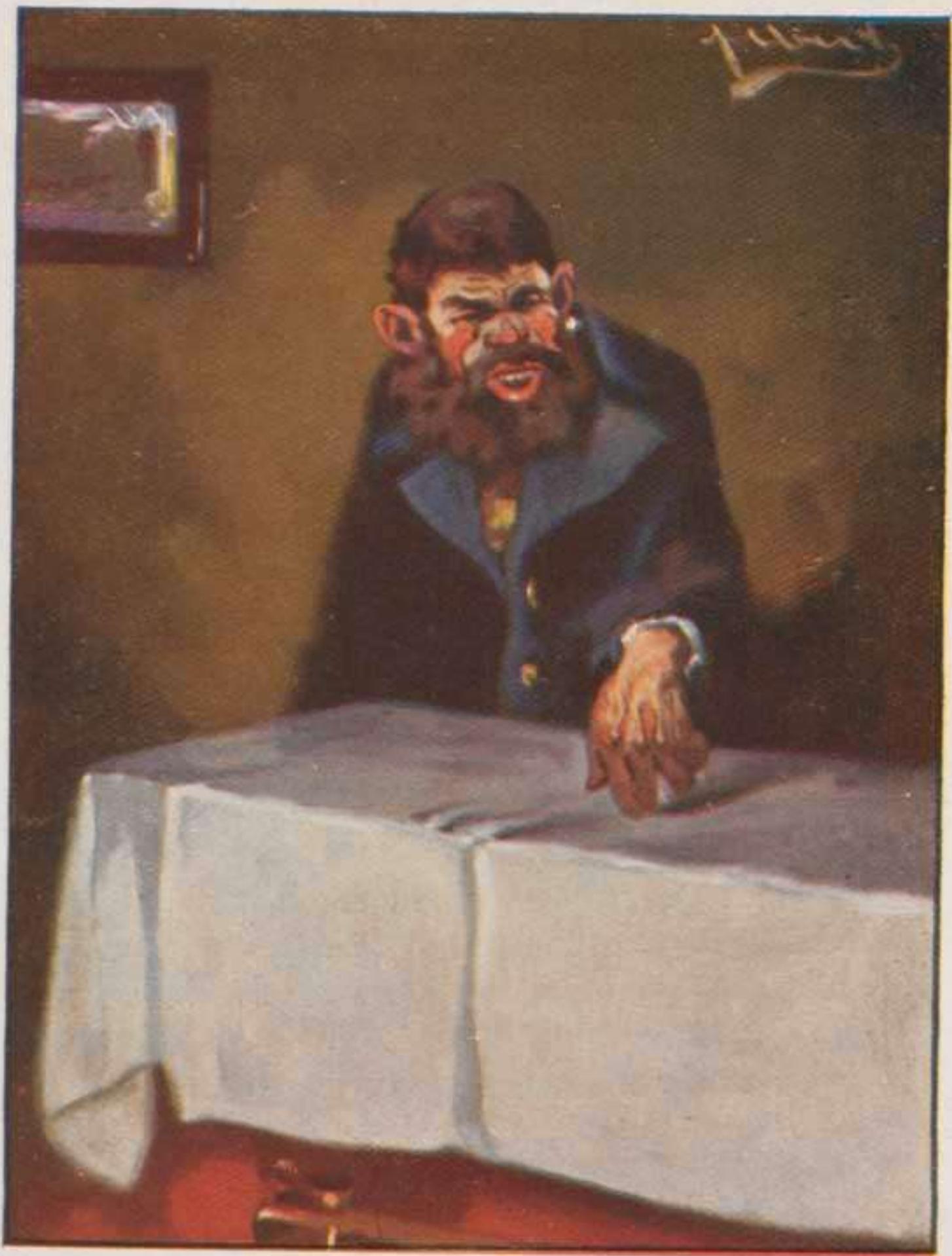
## II

### EL ENANO QUILP

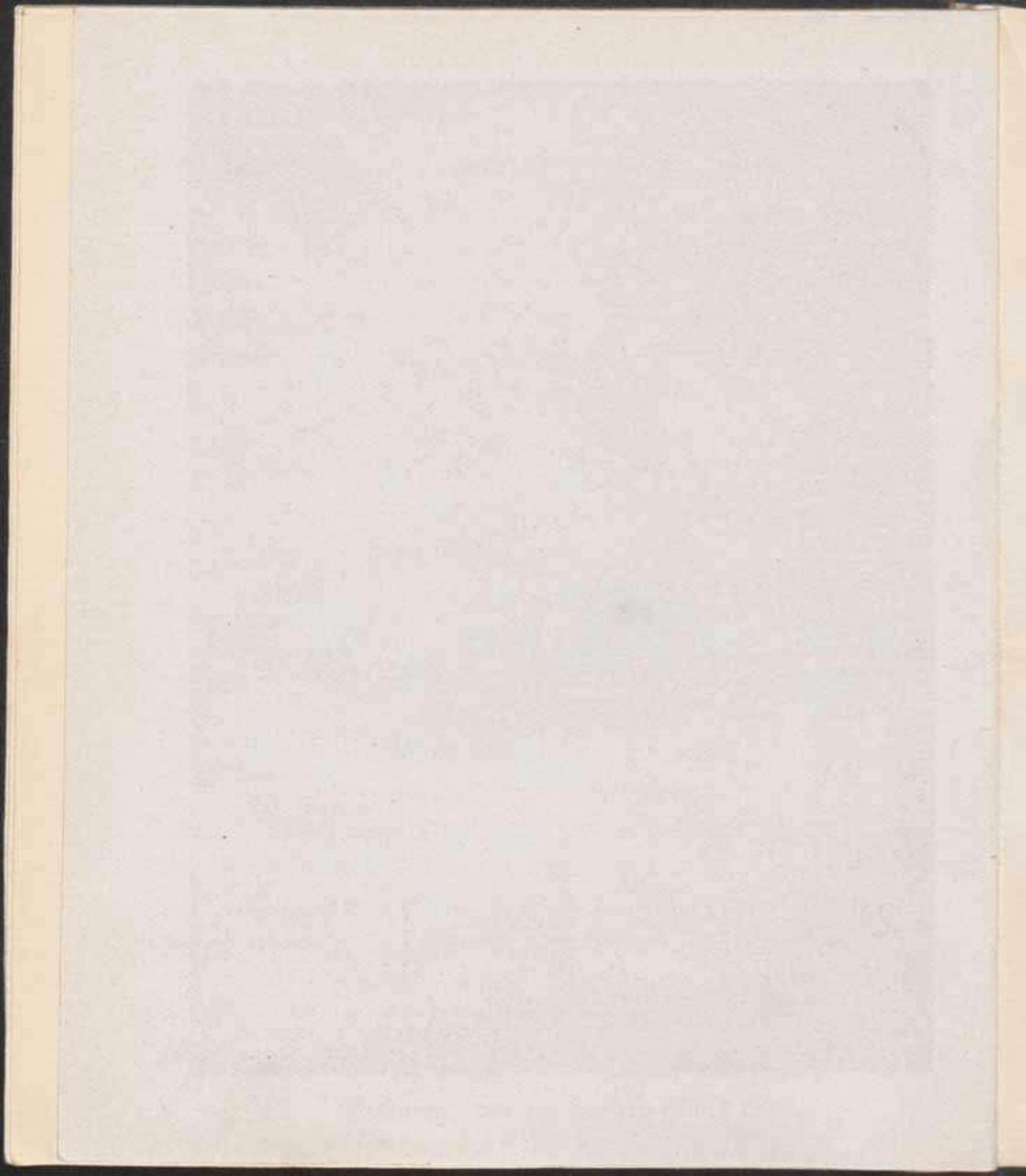
Daniel Quilp era un ser tan extraño como repulsivo. Su cabeza tenía el volumen de una sandía de buen tamaño y su estatura no pasaba del metro y medio. Poseía unos ojillos negros, inquietos y agudos y un bigote y una barba de pelos recios y erectos como los de un cepillo. Pero lo más repugnante de su rostro era la boca, cuando al sonreír, ponía al descubierto los pocos y amarillentos dientes que le quedaban.

Vivía en un suburbio de Londres con su esposa Isabel y su suegra Dorotea.

Sus ocupaciones eran muchas y distintas, aunque la que especialmente llenaba su tiempo era la de prestamista.



Daniel Quilp era un ser tan extraño...



El enano Quilp, a pesar de su corta estatura, era un hombre terrible. No existía para él mayor goce que el de hacer mal. Tenía a su esposa martirizada, y a su pobre suegra, que, tampoco carecía de genio, le daba un susto detrás de otro.

Una mañana se levantó de peor humor aún que de costumbre y comenzó a pedir el desayuno a voces.

—¡ Los huevos, las patatas, los mariscos !

Porque Quilp comía tan desafortadamente como obraba. Su desayuno solía consistir en un par de huevos duros, un plato de patatas y otro de mariscos.

Se lo preparó todo diligentemente su esposa, se lo comió Quilp en cuatro bocados, e inmediatamente, salió de la casa, después de dar un par de puñetazos a los muebles que halló en su camino antes de llegar a la puerta.

De allí se dirigió a sus oficinas, las cuales estaban situadas a orillas del Támesis y consistían en un inmundo cuartucho sin más mobiliario que un reloj sin minuterero, una irrisoria mesa de escritorio con un tintero vacío y un mango sin pluma, y una silla de tijera.

Desde lejos divisó Quilp al joven guardián que hacía oficio de portero de sus oficinas y el cual estaba tumbado panza arriba y tomando el sol tranquilamente.

Quilp anduvo con cuidado hasta que se halló a pocos pasos de él. Entonces dió media docena de fuertes pisadas, lo que hizo al muchacho levantar la cabeza. Al ver a su amo quiso ponerse en pie, más el enano se plantó ante él de un brinco y lo volvió a tumbar de un tremendo bofetón.

—¿Ya empieza? — replicó amenazadoramente el muchacho—. Cualquier día las va a pagar usted todas juntas.

—¡Calla, mal bicho!—dijo Quilp, aplicándole un formidable puntapié—. ¡Toma la llave y abre la puerta del despacho o te muelo a golpes!

Obedeció el porterillo y Quilp penetró en sus oficinas. Antes de sentarse dijo al muchacho:

—Ahora haz el favor de vigilar para que no me moleste nadie.

Salió el chiquillo, pero reapareció en seguida para decir:

—Le buscan.

—¿Quién?

—No lo sé.

**El enano le arrojó el tintero.**

—¡So bruto, pregúntalo!

El chico obedeció y en seguida pudo aclarar :

—Es una niña que se llama Elena.

—¡Caramba, Elenita! ¡Adelante!

Compareció la niña con una carta en la mano.

—¿Qué? ¿qué te trae por aquí?

Elena le tendió la carta.

—¿Del abuelo?—preguntó Quilp—. A ver, a ver.

Abrió el sobre, leyó la carta y movió la cabeza sonriendo.

—Lo de siempre—dijo—. Lo de siempre... En fin, vámonos a mi casa. Mi esposa se alegrará mucho de verte.

—No puedo. Tengo prisa. El abuelo me espera.

—Es que sin ir a casa no puedo contestarle. De modo que no perdamos tiempo.

Elenita hubo de acceder y salió del despacho seguida de Quilp.

Mas, apenas cruzara el umbral, un cuadro lastimoso se presentó a su vista. Cristobalón, el cual había la acompañado, y el guardián de Quilp, rodaban abrazados por el suelo, mientras vociferaban y se golpeaban con los puños cerrados.

—¡Bandido!

—¡Canalla!

Y a los insultos añadían los mojicones. Elenita exclamó apenada:

—Por Dios, señor Quilp. ¡Sepárelos!

—Descuida, que no tardaré un minuto en lograrlo.

Y entrando al despacho, salió provisto de una descomunal estaca.

Se fué rectamente hacia los luchadores y comenzó a descargar bastonazos en las espaldas de su joven portero.

El efecto fué instantáneo. Antes de que ellos pudieran darse cuenta, hallábanse en pie y separados.

Pero Quilp no estaba aún satisfecho y propinó a su guardián dos nuevos estacazos.

—¡Ay, ay!—clamó éste—. ¡Lo que es otra vez no me meteré a defenderle! Puede usted estar bien seguro.

—¡Calla, granuja! ¿De qué me puedes defender tú?

—Pues sí, señor, que le he defendido. Este—dijo señalando a Cristobalón—le ha llamado a usted adefesio.

—¿No me lo llamas tú también?

—No, señor.

—Lo que haces es que te lo callas hipócritamente. Y a mí me gustan las personas francas. Toma, Cristobalón Tu franqueza te ha valido este chelín.

Y entregando a Cristobalón la moneda y dando un puñetazo a su pequeño guardián, cruzó el Támesis en compañía de Elenita.

—En seguida llegaremos a casa—dijo el enano cuando estuvieron en la otra orilla.

En efecto, momentos después, entraban ambos en casa del enano Quilp.

Este pasó a la niña a la sala de visita y le dijo:

—Espera, que voy a avisar a mi esposa.

El enano salió en busca de Isabel, y cuando la halló le dijo:

—Querida esposa mía, Isabelita de mi alma, ahí está Elenita, la nieta del anticuario. Ve a hacerle compañía un ratito.

Isabel, sorprendida por la dulzura con que le hablaba su esposo, se receló que algo malo se le venía encima y preguntó:

—¿Y qué más he de hacer, Daniel?

—Eso es lo que iba a explicarte. Mira, Isabelita. El abuelo de Elena, no cesa de pedirme dinero. Le he dado ya mucho, muchísimo. Me parece que es rico, pero entonces, ¿a qué vienen esas constantes peticiones? ¿Qué hará del dinero el anticuario? Eso es lo que quiero que averigües, Isabelita.

—¡Oh, pobre niña! ¿Cómo puedo preguntarle?...

El rostro del enano perdió de súbito la expresión de amabilidad, tornándose sombrío y terrible.

—Ya he dicho lo que tenía que decir. Yo estaré detrás de la puerta escuchando. Si no la haces cantar, despídete de los huesos.

Y dió un tremendo empujón a su mujer,

la cual fué dando traspies hasta la habitación donde aguardaba la niña.

—¡Hola, Elenita! ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Buenos días, señora.

La dama vaciló. No tenía valor para abusar de aquella dulce niña. Pero se acordó de la terrible amenaza de Quilp, y haciendo acopio de energías preguntó:

—¿Y tu abuelito?, ¿cómo está?

—Pues mire usted, señora, así así.

—¿Está enfermo acaso?

—No sé. Está siempre muy triste y siempre agobiado por esa maldita preocupación.

—¿Qué preocupación?

—La que le saca de casa todas las noches.

—¿Todas las noches?

—Sí, señora. Después de cenar mi abuelo sale diariamente y no regresa hasta la madrugada.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde va?

—No lo sé, señora, no lo sé.

Y Elena se echó a llorar desconsoladamente.



Isabel, conmovida, no tuvo valor para seguir preguntando.

Pero ya había averiguado bastante, a juicio de Quilp, pues éste irrumpió en la estancia sonriendo mefistofélicamente.

—Elenita—dijo—. Di a tu abuelo que iré en seguida para darle la respuesta de palabra.

Y cuando la niña salió, comenzó a vociferar como un loco :

—¡ Ese maldito viejo me ha engañado ! Pero ¡ ah !, ya sé yo lo que debo hacer para no perder un solo céntimo.

Y apretando los puños, descargó dos tremendos golpes sobre la mesa .

—¡ La comida ! ¡ Pronto !

### III

## EN LA MISERIA

Cuando Elena llegó a la tienda con la noticia de que el enano iría a dar la respuesta de palabra, el anticuario cayó en profunda postración, que se resolvió, al fin, en quejas y lágrimas.

—¡Elena, nenita de mi alma, no quiere Dios que seamos ricos para que tú puedas ser feliz!

—¿Feliz por el dinero, abuelo? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Yo seré feliz el día que tú no estés triste. ¿Por qué estás siempre así, abuelo?

—Precisamente porque no puedo darte lo que quiero, hija mía.

—¿Pero no te digo que lo que yo quiero es

no verte triste? ¿El dinero? ¡Bah! qué me importa el dinero. Seamos pobres, abuelito, pero vivamos alegres y satisfechos de vivir. Si es preciso imploraremos la caridad de puerta en puerta. En el mundo hay muchas almas buenas y no nos faltará lo más necesario.

El abuelo, llenos de lágrimas los ojos, se abrazó estrechamente a la nieta y le humedeció el rostro con sus lágrimas.

Así, abrazados y llorando, estuvieron mucho tiempo. Al fin, Elena levantó la cabeza y profirió un grito.

Era que había visto al enano Quilp sentado tranquilamente en un sillón.

—¿Por dónde ha entrado usted?—preguntóle el abuelo.

—Por la puerta.

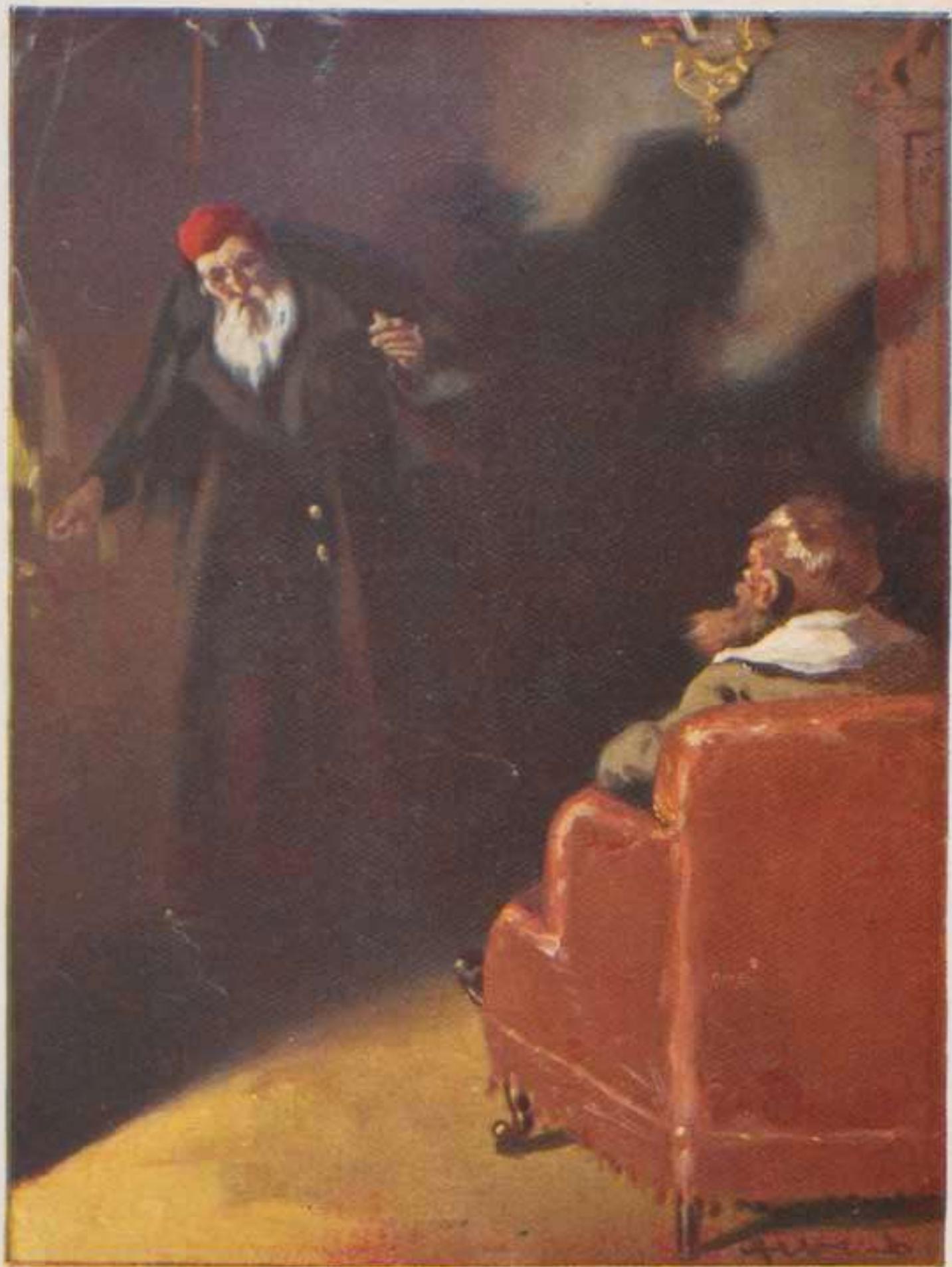
—Ne le hemos oído.

—¡Estaban ustedes tan entusiasmados!

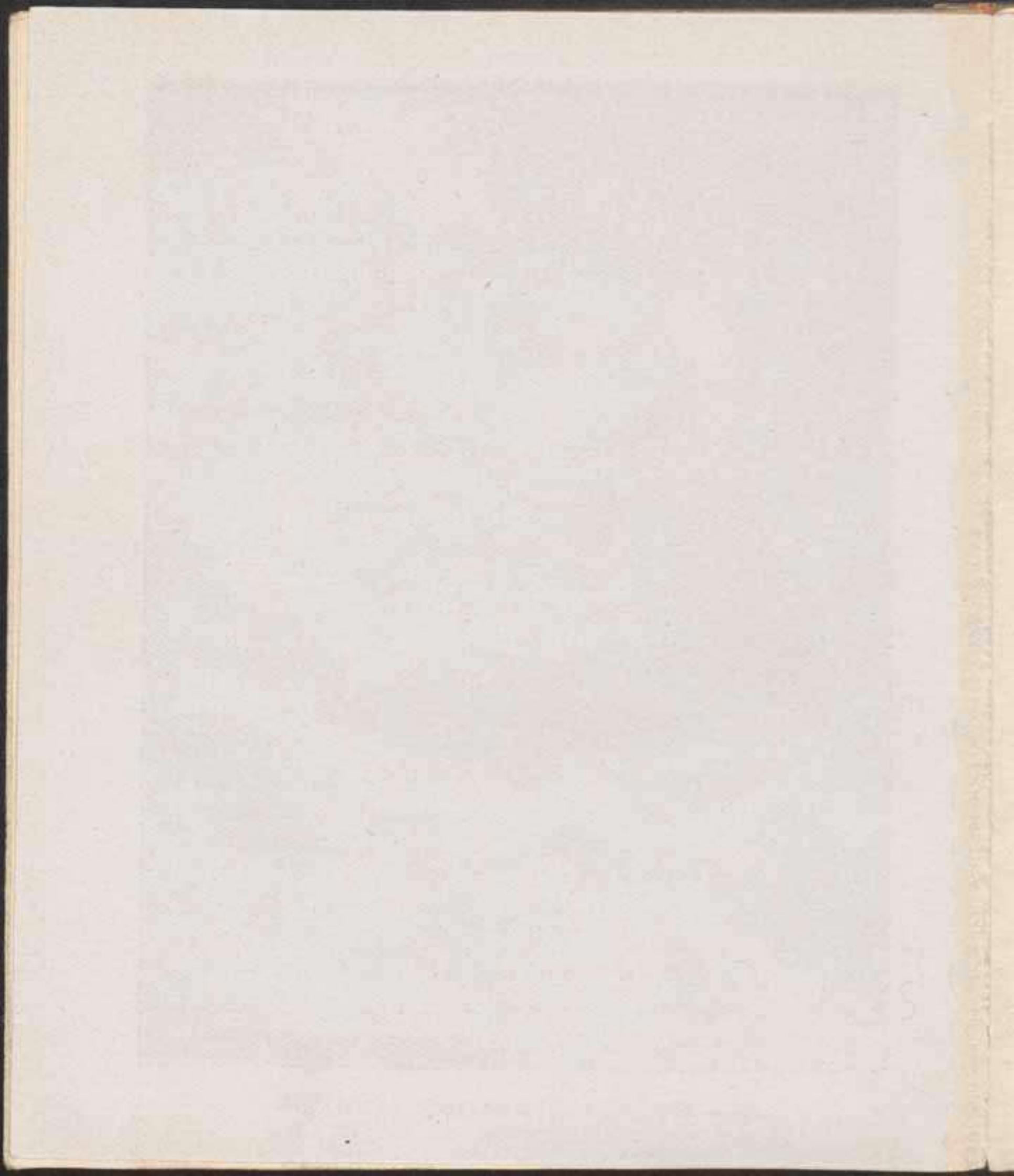
Y rió groseramente, dejando al descubierto su incompleta y sucia dentadura.

Elenita, asustada, se retiró a su habitación.

El anciano y Daniel Quilp quedaron frente a frente.



— ¿Por dónde ha entrado usted?...



—¿Me trae usted el dinero?—preguntó el anticuario.

—¿Conque el dinero, eh?—rió sarcásticamente Quilp—. ¿Quiere decirme, mi querido señor, dónde pasa las noches?

El anciano, pálido y demudado, se puso en pie.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que lo sé todo—añadió el enano conservando aún su diabólica sonrisa—. Que sé que se pasa usted las noches en las casas de juego, y está ya arruinado.

El anticuario, sin fuerzas para pronunciar una sola palabra, se dejó caer en el sillón del que se levantara momentos antes. Ocultó el rostro entre las manos y prorrumpió en sollozos.

Al fin levantó la cabeza y dijo:

—Es verdad, estoy arruinado.

—Y me debe usted mucho más de lo que puede valer esta tienda—dijo Quilp tasando con la mirada todo cuanto había a su alrededor.

—¡Yo lo hacía por ella, por ella!—exclamó el viejo entre sollozos y señalando la ha-

bitación por cuya puerta había desaparecido la niña—. No quería verla pobre. Jugaba rogando a Dios me concediera una hora de suerte y jurándole que todo cuanto ganara sería para asegurar el porvenir y el bienestar de mi nietecita.

Permaneció un momento en silencio y luego añadió con súbito entusiasmo.

—¡Y ganaré! Conozco un procedimiento infalible. ¿Verdad que usted me hará un nuevo préstamo?

El enano se echó a reír estrepitosamente.

—¿De modo que un nuevo préstamo? Bah! bah! mi querido viejecito no está bien de la cabeza. ¿Se ha creído usted que yo he amasado mi fortuna para que usted se la vaya dejando por las mesas de juego?

El viejo dejó caer con desaliento los brazos.

—¿Y cómo ha averiguado usted eso, señor Quilp?

Quilp, sorprendido por la pregunta, tardó un buen rato en contestar. El no había hecho sino suponer, deducir, y no entró en la tienda muy seguro de que sus sospechas fueran

exactas. Pero le bastó afirmarlo como si tuviera de ello la certeza para que el anciano, ingenuamente, lo confesara todo.

Ya iba el enano a responder cuando una escena ocurrida aquel mismo día, volvió a adquirir realidad en su mente. Cristobalón le había llamado adefesio, dando lugar a la lucha con el guardián de sus oficinas. ¿Conque adefesio, eh?

—¿De modo—dijo al fin—, que quiere usted saber quién me ha puesto en antecedentes de sus vicios de jugador? Pues ha sido Cristobalón, su aprendiz. Ahora que ya lo sabe usted todo—añadió poniéndose en pie—, me marcho. Vaya, querido amigo, que siga usted tan afortunado como hasta hoy. Suyo afectísimo, que estrecha su mano, Quilp.

Y dando media vuelta, salió a la calle, mientras se decía frotándose las manos.

—Ahora le dirán a Cristobalón si soy un adefesio.



Era ya muy tarde cuando Cristobalón lle-

gó a su casa. Su madre, que cosía paciente-  
mente al lado de sus dos hijitos menores, le  
preguntó :

—¿Cómo has tardado tanto, hijo mío?

—Esta noche, madre—repuso el aprendiz—  
no la he visto. Salí de la tienda a primera hora  
de la tarde, con orden de no volver porque  
los recados eran muchos. Yo, naturalmente,  
he vuelto. Como era ya muy tarde, en vez  
de entrar en la tienda como todos los días,  
me he situado en la acera de enfrente para  
aguardar a que el viejo saliera y Elena se  
asomara para verle marchar. Pero hoy, ma-  
dre, el señor no ha salido y, por lo tanto, no  
he necesitado esperar, como acostumbro a  
hacer diariamente, hasta deducir que la niña  
estuviera ya dormida y no pudiera necesitar  
nada.

—¡Pobre hijo mío! ¡Si esa niña supiera lo  
que haces por ella! Y yo aplaudo tu conduc-  
ta, Cristobalón. Elena es muy buena y se lo me-  
rece todo.

Dejó un instante de coser, se levantó, puso  
en un plato un trozo de carne, un pan a un

lado y una jarra de vino al otro, y dijo a Cristobalón :

—Anda, hijo, cena, que debes de tener apetito.

Cristobalón se sentó a la mesa y la emprendió con la carne, la cual era tan dura, que sus férreos dientes hubieron de entablar dura lucha para despedazarla.

De pronto, alguien llamó a la puerta.

La madre volvió a dejar la faena y se levantó a abrir. Momentos después entraba Elena, con el semblante demudado.

—¡ Cristobalón ! ¡ Cristobalón !

Este dejó la cena y corrió hacia la niña.

¿Qué sucede?

—Algo muy grave.

—El abuelo está enfermo, pero tan enfermo, que, desde hace unas dos horas, está delirando sin cesar.

—¡ Pobre abuelo ! Volemos en busca de un médico.

—No, no hace falta. Ya le ha visitado uno.

—¿ Y qué ha dicho ?

—Que el caso es muy grave, pero que se puede salvar.

—De todas formas, iré contigo a velarle.

—No, Cristobalón. Eso es lo que he venido a decirte. No aparezcas más por la tienda. Mi abuelo, en su delirio, no cesa de repetir tu nombre envolviéndolo en amenazas.

—¿Mi nombre?

—Sí. No deja de llamarte canalla, traidor y no sé cuántas cosas más.

Cristobalón estaba desconcertado.

—Bien sé yo—prosiguió la niña—que tú no eres capaz de hacer nada malo y mucho menos a mi abuelo, pero el pobre está muy grave y hay que tener paciencia. Toma, Cristobalón, el salario de esta semana y de la próxima. Un muchacho de tan buenas cualidades como tú, no tardará en encontrar trabajo. Pero por la tienda no vuelvas; que no te vea mi abuelo.

Y dando la mano a Cristobalón y a su madre, y besando a los niños, puso pies en polvorosa.

\* \* \*

Al tener noticia de lo ocurrido, el enano

Quilp, parlamentó largamente con su procurador, y ambos, protegidos por la ley, se instalaron en la tienda del anticuario, con la misma holgura que si se tratara de su propia casa. El procurador era también un individuo de mala fama, que, valiéndose de su título, realizaba los más irritantes desmanes. También les acompañaba el muchacho que guardaba las oficinas de Quilp y el cual riñó con Cristobalón en defensa de su amo.

El enano comenzó por cerrar la tienda para no tener que atender al público y eligió el cuarto de la casa que estaba más alejado del dormitorio del viejo. Así no se le contagiarían las fiebres. Además, como no ignoraba que el tabaco es un poderoso desinfectante, puso una caja de puros a disposición del procurador y, llenando una gran pipa de madera tallada que halló sobre un vargueño de estilo, se la ofreció al guardián, convertido en dependiente.

—Toma—le dijo—. Como dejes de fumar, te rompo la crisma.

Los días se fueron deslizándose sin que hu-

biera novedad ninguna en la tienda del anticuario.

Este no se moría, pero tampoco mejoraba, teniendo a Elenita atada a la cabecera del lecho.

Abajo, en la tienda, el procurador había preguntado más de una vez a Quilp:

—Bien, señor Quilp, ¿quiere usted decirme qué es lo que hacemos en esta casa?

—Esperar a que el viejo se muera—había respondido el enano invariablemente—. Entonces nos apoderaremos legalmente de todas estas preciosas antigüedades y haremos un bonito negocio.

Pero pasaban los días y el momento esperado no llegaba. El procurador estaba ya aborreciendo los cigarros puros para toda su vida y el dependiente se iba vaciando a fuerza de chupar. Cuando se permitía descansar un momento, Quilp arrojábale el objeto que tenía más cerca y le decía con voz terrible:

—¡Fuma!

Y el dependiente fumaba, fumaba...

Una noche, el procurador oyó voces cerca de la puerta, y temiendo que se tratara de

algún ratero, se levantó y se fué a la puerta, donde aplicó el oído.

—¿Cómo está, Elena?—decía una voz de hombre.

—Lo mismo, Cristobalón. No está peor, pero no mejora.

—Oye, Elena. Veo gente nueva en la casa. ¿Es que los acreedores se han apoderado de ella?

—Eso es, Cristobalón.

—¡Cuánto debes de sufrir!

Y tras una pausa, añadió:

—Escucha, Elena. Mi madre y yo, hemos pensado que os vengáis a casa. Allí estaréis bien atendidos sin necesidad de preocuparos de nada. Mi madre y yo nos alegraríamos mucho de que vinierais. ¿Se lo dirás al abuelo?

—Sí, se lo diré—repuso la niña, conmovida—, pero no querrá. Además, está tan enfermo, que no podría tomar semejante determinación.

—Tú díselo. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

En esto, el enano Quilp, que también se había levantado al oír las voces extrañas, se

acercó al procurador y le dió un golpe en la espalda. El leguleyo pegó un brinco.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó el enano.

—Se oyen voces de hombre y de mujer.

Quilp, sin atender a más explicaciones, se abalanzó sobre la puerta, dispuesto a comerse crudo al que había interrumpido su sueño, pero Cristobalón, antes de que le pudieran descubrir, tomó las de Villadiego y Elenita cerró la ventana sin hacer ruido.

Al día siguiente, el anticuario mostró una ligera mejoría, mejoría que fué creciendo en los días sucesivos.

El enano, al enterarse, sintió una profunda contrariedad, y después de conversar con el leguleyo, se plantó en la habitación del anticuario sin pedir permiso.

El paciente estaba sentado en un sillón y a sus pies hallábase sentada su nieta, la cual se esforzaba en distraerlo con cuentos y recuerdos de otros tiempos mejores.

Quilp se encaró con él y le dijo:

—Ya veo que se encuentra usted mucho mejor, de lo que me alegro muy de veras.

Pero... verá usted. Resulta que la casa, como lo demuestran los muchos recibos que tengo firmados de usted, ha pasado a ser de mi propiedad y le agradecería buscaran alojamiento cuanto antes.

El anciano, que, pese a su mejoría, era presa de una postración sin límites, sólo tuvo fuerzas para responder.

—Bien, bien. Se hará como usted quiere.

—Entonces, ¿cuándo debo esperar que estarán estos muebles dispuestos a la almohada? ¿Mañana?

—Sí, mañana.

Quilp, sorprendido de la resignación con que el anciano tomaba el desahucio, no supo qué nuevas frases formular y se retiró, dejando solos al abuelo y a la nieta.

Apenas cerróse la puerta tras el enano, Elenita se arrojó en brazos del abuelo y en ellos estuvo llorando largamente.

Al fin se repuso, enjugó sus lágrimas y dijo con inusitado ardor:

—Abuelito, vámonos. Esta misma noche, poco antes del amanecer, lo tendré todo preparado y partiremos.

—¡Nenita, nenita mía!

—Sí, huyamos de este antro de miseria, huyamos de estas gentes sin corazón, huyamos de Londres si es preciso.

—Hija, hija mía.

—¡Los bosques! ¡El campo! ¡Las aldeas! ¡La gente buena y sencilla! Tengo ganas de respirar el aire puro de las montañas, tengo ganas de pensar sólo en Dios, en ti y en la Naturaleza... ¡Vayámonos, abuelito, vayámonos!

En efecto, cuando todos dormían, abuelo y nieta bajaron a la tienda de puntillas, abrieron sigilosamente la puerta y salieron a la calle.

Cruzaron la ciudad. Salieron al campo. El sol salió y bañó de oro los campos. El día era espléndido. En el cielo azul no había una sola nubecilla. El campo tenía fragancias primaverales.

—¿Hacia dónde vamos? — preguntó el abuelo.

—Vayamos hacia allá, abuelito. Sigamos la dirección del sol.

#### IV

### A LO LARGO DE LOS CAMINOS

Algunas horas después, oyó el enano que daban unos tímidos golpecitos a la puerta.

—Conozco esos golpes—dijo—. Es la paloma de mi mujer, a la que encargué viniera a esta hora.

Comenzó a vestirse y todavía no se había puesto los zapatos cuando los golpecitos se repitieron.

—Ya voy—dijo.

Pero no había terminado aún de pronunciar estas palabras, cuando dos formidables porrazos hicieron temblar, no sólo la puerta, sino toda la casa.

El enano sonrió diabólicamente.

—Esa arpía se va a acordar del día de hoy.

Y todavía se repitieron los golpes antes de que Quilp llegara a la puerta y pudiera tratar de abrirla.

Estaba tan encajada, que no lo logró hasta que los golpes se hubieron repetido seis o siete veces.

Cedió al fin la hoja, y Quilp se abalanzó contra la forma humana que aguardaba tras ella.

Y sucedió algo extraordinario. La forma humana le recibió con un tremendo puñetazo en la nariz, que le hizo rodar por el suelo.

El enano, sintiendo más sorpresa que dolor, alzó la cabeza para mirar a la persona que le había golpeado.

—¡ Ah ! ¿ es usted ?

—Yo mismo—repuso Ricardo, que no era otro el que había hecho rodar a Quilp por el suelo.

El joven, al enterarse por el hermano de Elena de la enfermedad del anciano, creyó preciso hacer una visita a la niña para co-

menzar a hablarle de la especial *simpatía* que sentía hacia ella.

Mas cuando llegó a la tienda de antigüedades, la halló cerrada y vió que en la puerta había una damita llamando, pero tan débilmente, que era imposible que la oyeran.

Ricardo acudió en su auxilio y entonces fué cuando descargó los golpes que pusieron frenético a Quilp.

Este, con las manos en las narices, se levantó e hizo pasar a Ricardo.

—Daniel—dijo en este momento una voz femenina.

—¡Hola, Isabelita! ¿Estabas ahí?—dijo el enano riendo siniestramente.

—Sí, esta señora—interrumpió Ricardo—estaba llamando cuando yo llegué... ¿Qué? ¿duele mucho?

—No me parece que sea una forma muy correcta de dar los buenos días.

—¿Por qué se abalanzó usted sobre mí?

—Creí que era mi mujer.

—Bien, bien; deseo ver a la señorita Elena y a su abuelo.

—No sé si se habrán levantado ya. Isabel,

ve y di a la niña que aquí hay un joven esperándola.

Isabel subió al piso y bajó en seguida para decir con extrañeza :

—Las habitaciones están vacías.

—¿Qué dices, necia?—la increpó el enano.

—Sí, sí, Daniel. Sube tú mismo y lo verás.

Quilp quedó desconcertado cuando vió con sus propios ojos lo que su esposa acababa de anunciarle, y no fué menor la sorpresa de Ricardo al verse burlado de aquella forma tan inesperada.

Para no seguir haciendo el ridículo dió media vuelta y se marchó.

Ricardo había reñido con su novia, pensando en la conveniente boda con Elenita, y ahora se veía sin la una y sin la otra.

Quilp, del desconcierto, pasó repentinamente a la ira.

—Ese viejo bribón—vociferó—, tenía dinero guardado y se ha marchado por no pagarme. ¡Ah, pero me cobraré! Señor procurador: supongo que ahora no habrá dificultad

ninguna para que vendamos todo cuanto haya en la casa.

—Ninguna, señor Quilp.

—Entonces, por los carros—dijo al dependiente y ex guardián, arrojándole una palmatoría a la cabeza.

Y en veinticuatro horas, la tienda de antigüedades quedó vacía y cerrada.

Cristobalón, que estaba sin trabajo y se había enterado de la desaparición de sus antiguos amos, pasaba todos los días por delante de la puerta y dirigía una triste mirada a aquel papel en el que se leía :

«Se alquila».

\* \* \*

Entre tanto, Elena y su abuelito, caminaban bajo el encanto de aquella mañana primaveral.

—¿Te cansas?—preguntó la niña.

—Un poco, pero sigamos.

—Podemos descansar, abuelito.

—No, aquí no.

—¿Por qué?

—Porque estamos aún muy cerca de Londres. ¿Y sabes lo que temo, Elena? Pues que al vernos vestidos de personas medio acomodadas, como aun vamos, y al tener noticias de la gran aventura que hemos emprendido, me tomen por loco o crean que te he secuestrado y me separen de ti.

Como el viejo volvía a mostrarse agitado, Elena no dijo nada y siguió camino adelante de la mano de su abuelo.

Cuando ya habíanse alejado lo suficiente de la urbe, sentáronse a la sombra de un árbol y la niña desenvolvió un paquete de comida que preparara antes de salir de la tienda.

Comieron con buen apetito y alegremente, emprendieron de nuevo su camino.

Elena experimentó una agradable sorpresa al ver que su abuelo, pese al cansancio físico que le producía la caminata, parecía más alegre y más joven que en sus mejores días de la última época de su triste existencia.

Llegaron a una posada, donde les dieron leche y un cómodo asiento.

Reanudaron la marcha, y no habían perdi-

do aún de vista la venta, cuando oyeron una voz a sus espaldas. Era un carretero que les decía :

—¿Son ustedes los que acaban de salir de aquella venta que se ve allá?

—Sí, señor—repuso la niña.

—Entonces, suban ustedes al carro y les dejaré en el pueblo vecino. El ventero me ha dicho que llevan la misma ruta que yo y que están ustedes muy fatigados.

Subieron al carro, dando las gracias al cortés carretero, y una hora después se hallaban ante un estrecho camino que, partiendo de la carretera, conducía a un grupo de casitas blancas.

El carro se detuvo y el carretero les dijo :

—¿Ven ustedes aquellas casas? Pues forman el pueblo que buscan. De modo que bajen y, siguiendo este camino, llegarán en seguida a él.

Mas no fué así. A mitad del sendero, hallaron a dos extraños individuos, de catadura de bohemios, los cuales manejaban una porción de muñecos vestidos con vistosos trajes,

que iban sacando o introduciendo en una gran caja.

El abuelo quiso detenerse, e interrogarles y decididamente, les preguntó.

—¿Qué hacen ustedes aquí con esos polichinelas?

Uno de los bohemios le dirigió una hosca mirada, pero el otro respondió:

—Estamos preparando la representación que esta noche vamos a dar en el pueblo.

—¿Y por qué lo hacen ustedes aquí, en medio del campo?

—Porque si nos vieran hacer esto en el pueblo, perderían la ilusión y no irían al teatro—y volviéndose a su compañero, le dijo—: Tomás, dame hilo y aguja para coser la falda de este títere.

—No tengo—respondió Tomás—. Me los he dejado olvidados en la posada.

—¿Han visto ustedes?—dijo el otro encarándose con el viejo y con la niña—. Un hombre que viene a coser y que se olvida de la aguja y del hilo.

—Yo llevo—dijo la niña—. Y creo que lo

haré mejor que su compañero. De modo que si quieren ustedes...

—¡ Oh, puesto que eres tan amable !

Y entregó a la niña el muñeco, el cual quedó remendado y compuesto en un santiamén.

Esto fué causa de que entre el bohemio más parlanchín y los londinenses se estableciera una corriente de simpatía.

—¿ Van ustedes al pueblo? ¿ Tienen casa?

—No, señor. Hemos de buscar alojamiento.

—Vénganse ustedes a nuestra posada. Conocemos al ventero y con nuestra recomendación, les servirán bien.

Accedieron abuelo y nieta. Tomás guardó los títeres en la caja, se echó ésta auestas y abrió la marcha.

Enrique—que así se llamaba el compañero—le siguió, charlando con sus nuevos amigos.

Ya en la posada tomaron una taza de té y Tomás se fué a la plaza a preparar el minúsculo teatro.

Durante la representación—cuyos muñecos movíalos Enrique—las ovaciones se sucedieron.

El abuelo gozó como una criatura. Elena estaba demasiado cansada para reír, y aun para comer, por lo que apenas participó en el banquete que acto seguido se dieron los artistas y su abuelo.

Por fin retiróse cada uno a su habitación.

Elenita durmió profundamente, pero despertó con la aurora. Ello le dió tiempo para pensar en algunas cosas que tenía que resolver.

Llevándose la mano al bolsillo, extrajo varios peniques y una moneda de oro. Toda su fortuna. El pobre abuelito pisaba ya los umbrales de la absoluta miseria. Esta idea levantó sus ánimos y con enérgica resolución dijo:

—Es preciso prepararse para la lucha. Hay que evitar que el abuelito carezca de lo más necesario. Gastaremos estos peniques, pero la moneda de oro no. Sólo en un caso de extrema necesidad haré uso de ella.

Y cogiendo hilo y aguja, introdujo la moneda entre el forro y la tela de su falda y la cosió.

Cuando ya el sol estaba bien alto fué a despertar al abuelito.

Momentos después, al bajar para tomar el desayuno, vieron que, sentados a la mesa, estaban ya Tomás y Enrique.

Se sumaron a ellos y Elena procuró mostrarse más alegre que nunca para que el abuelo no tuviera la más remota idea del triste arqueo que acababa de hacer.

Antes de que terminaran de desayunar, Enrique preguntó a Elena:

—¿Hacia dónde van ustedes?

—No lo sé—repuso la niña.

—¿Por qué no se vienen con nosotros? Vamos a la feria de la población más próxima.

Elenita pensó que una feria sería escenario incomparable para implorar la misericordia pública y aceptó. El abuelo lo hizo también de muy buena gana, pensando en las diversiones que hallaría en la ciudad en fiesta.

De aquí que, tras una breve sobremesa, pusieran los cuatro en camino.

Tomás, como siempre, iba delante, con su caja a cuestas.

Cuando llegaron al caserío más próximo detuviéronse y acamparon. Enrique la emprendió a redobles con el tambor mientras To-

más armaba el teatrillo. La gente se asomó a puertas y ventanas, formaron corro en torno al minúsculo escenario y Enrique les representó primeramente una tragedia espeluznante, y después una comedia que hizo desternillar de risa al grupo de curiosos.

Se recaudaron veinte peniques y ello les animó a dirigirse hacia la aldea próxima, donde volvió a repetirse la llamada del tambor y la representación de los títeres.

Así, deteniéndose en aldeas y caseríos, se les vino la noche encima cuando aun estaban a buena distancia de la posada de los Areneros, la más inmediata a la población en que se celebraba la feria.

Para colmo de desdichas, comenzó a llover.

Tomás, tapándose a medias con la caja de los títeres, echó a correr, llegando a la venta mucho antes que los demás viajeros.

La venta estaba sin un alma, cosa que extrañó al bohemio sobremanera.

—¿En vísperas de feria y vacía la posada?

—Por ahora sí, pero esta noche se llenará, repuso el ventero.

—Bien. Entonces necesito habitaciones para cuatro. Los otros tres no tardarán en llegar.

En efecto, pronto aparecieron en la vuelta de la carretera Elenita, su abuelo y Enrique, los tres cogidos de la mano y con paso tan ligero, como las piernas del anticuario permitían.

El posadero se apresuró a avisar el fuego de la chimenea, y los tres recién llegados se sentaron en derredor del hogar.

Tomás, siempre hosco y misántropo, estaba sentado a una arrinconada mesa, frente a una jarra de cerveza.

Cuando estuvieron tan secos como si se hubieran cambiado las ropas, Enrique dijo:

—¿Qué delicioso olorcillo es ese?

—Estofado. Mi especialidad—repuso lacónicamente el ventero.

—¡Pues venga ese estofado!

Elenita contó las monedas que le quedaban en el bolsillo, y vió, con satisfacción, que aun tenía para ración y media de estofado.

Sentóse, pues, a la mesa en compañía de su abuelo, de Enrique y de Tomás, e hizo mil

alabanzas del estofado por si esto excitaba el paladar del abuelo.

Pero el abuelo no necesitaba de tales excitaciones. Estaba rejuvenecido. Un gozo pueril hacía centellear sus pupilas. Dejó limpio el plato y se bebió un buen vaso de cerveza.

No habían terminado aún de cenar, cuando en el umbral de la venta apareció un singular personaje. Era un perro vestido con un manto de colorines y que se levantó sobre sus dos patas traseras.

Ni el ventero ni los comensales se extrañaron, Conocían al perro y a Jerry, el domador, el cual, venía detrás con los demás animales.

En efecto, en seguida aparecieron tres perritos más, que se levantaron también sobre las patitas traseras y entraron en la venta con la uniformidad de un pelotón de soldados.

Les seguía Jerry, el cual, deteniéndose en la puerta, gritó :

—¡ Alto !

Y todos los perros se detuvieron en el punto en que se hallaban, esto es, en el centro mismo del gran comedor.

Jerry entró repartiendo sonrisas y saludos,

mientras los animalitos, chorreando y con la lengua fuera, esperaban la gracia de poder restituirse a su posición natural.

Pero el domador, sin hacerles el menor caso, se sentó a cenar.

De pronto, levantó del plato la cabeza y dió una voz :

—¡ Marchen ! ¡ Mar !

Y los cuatro perritos, con sus mantos amarillos y rojos, avanzaron hacia la mesa donde Jerry estaba sentado.

Este llamó a uno de ellos por su nombre y el animalito se apresuró a abandonar la fila que formaba con los otros tres. El domador le arrojó un trocito de pan mojado en el estofado y, a una nueva orden de Jerry, volvió a su sitio.

Así sucesivamente, fueron avanzando y comiendo los demás perritos.

Entró también en la posada el propietario de una barraca en la que se exhibían una mujer-fenómeno y un gigante, y un prestidigitador de semblante taciturno.

A Elenita fué acometiéndole el sueño, y como el abuelito también daba cabezadas, re-

solvieron retirarse a sus habitaciones, cosa que hicieron después de despedirse de Enrique y de Tomás.

Apenas quedaron éstos solos, el ventero se acercó a ellos y les preguntó :

—¿Quiénes son esos que les acompañan?

—No lo sé—dijo Enrique—. Lo único que puedo aseguraros es que ese viejo parece que está chiflado.

—¡Si no dices otra!—exclamó Tomás—. Yo no les hubiera invitado a que se vinieran con nosotros.

—Tú eres más duro de mollera que un adocquín. Chiflado o no chiflado, lleva consigo a una niña que no tiene cara de vagabunda. Por lo que sospecho que se trata de un secuestro. Y si es un secuestro, esa niña tiene padres, y si tiene padres, la devolución de la niña puede significar un buen puñado de monedas de oro.

Tomás no respondió. Se limitó a permanecer un rato pensativo. Por fin, a tiempo que Enrique llenaba su pipa, se levantó pretextando que tenía sueño, y se fué a su habitación.

Pero antes de penetrar en ella, se detuvo ante la de Elenita y dió con los nudillos en la puerta.

—¿Quién?—preguntó la niña.

Soy yo, Tomás. Oye, acércate, que quiero hablarte. Se trata de Enrique. Te prevengo que no debes hacer caso a sus zalamerías. Es muy falso. Yo, en cambio, soy un buen amigo tuyo. Créeme. Te defenderé contra todo y contra todos. No te separes de mi lado y cuéntame todas tus cuitas. Pero cuando te pregunten, has de decir que tu mejor amigo soy yo. ¿Lo dirás?

Elena, que estaba muda de sorpresa, hizo un esfuerzo para responder:

—Sí, sí.

Temía que de no contestar afirmativamente, aquel hombre iba a hacerle algo malo.

Tomás se retiró a su habitación, y ya iba Elenita a acostarse, cuando los golpes en la puerta se repitieron. Era Enrique, el cual vino a decirle, poco más o menos, lo mismo que Tomás, con la sola diferencia de que en este caso el bueno era Enrique y el malo su compañero.

La niña pasó en vela la mitad de la noche. Las extrañas palabras de Enrique y de Tomás la llenaban de inquietud. Pensando, pensando, vino a deducir que, como su abuelito temiera, le tomaban por loco y querían separarla de él.

Sin embargo, no hizo demostración ninguna cuando, a la hora del alba, Enrique golpeó la puerta de su cuarto, manifestándole que debían ponerse inmediatamente en camino para llegar a la feria antes que el domador de perros y que el ilusionista.

Elena se levantó, llamó a su abuelo, y media hora después, reanudaban los cuatro su camino hacia la ciudad.

Llegaron a ella por la tarde. El abuelo se echó un rato a descansar en la hostería en que se alojaban, y la niña salió al campo a recoger flores para venderlas por la noche en la feria.

Apenas obscureció, un inmenso gentío llenó la plaza y las calles principales del centro. Elena y el abuelo salieron de la posada muy animosos, dispuestos a disfrutar de la fiesta cuanto les fuera posible.

El abuelito gozó de lo lindo con las di-

versas atracciones que se ofrecían al aglomerado público. Pero Elenita no. La niña no cesaba de pensar en que no les quedaba un solo penique y en las intenciones de Enrique y de Tomás.

Llevó al fin la niña al abuelo a la posada, y ella volvió a salir provista de los ramos que había confeccionado con las flores cogidas en la montaña.

Y entonces comenzó a tener experiencia de lo dura que es la lucha en la vida, cuando esta lucha va encaminada a la obtención del pan.

Toda la noche dando vueltas, y no logró vender más que un ramo a una espléndida dama que se lo pagó con una moneda de plata.

Comenzó a sentir fatiga y sueño y se retiró a la hostería.

El abuelo estaba ya acostado. Elena entró en la habitación y, sentándose a la cabecera, le refirió los extraños manejos de Tomás y de Enrique.

El anticuario se incorporó conmovido, pero la niña le tranquilizó.

—Mañana—le dijo—, cuando todos duer-

man aún, volveremos a huir como huímos de Londres.

Y así lo hicieron. A la madrugada, Elena arregló las cosas y, cautelosamente, salió de la hostería en compañía de su abuelo.

Otra vez el campo inmenso, el silencio, la soledad, la Naturaleza...



## V

# EL BUEN CRISTOBALÓN Y EL PERVERSO QUILP

Entretanto, Cristobalón no dejaba de pasar un solo día por delante de la tienda de antigüedades. La falta de trabajo de un lado y la carencia de noticias de Elena por otro, teníanle apenadísimo.

Una tarde, al pasar por la calle donde vivieran en otro tiempo sus antiguos amos, oyó el trote de un caballo y el rodar de un coche.

Se volvió. Era una jaquita retozona que tiraba de un ligero cochecillo, en el que iba un caballero y una señora. El era un hombrecillo enjuto e inflexible, y ella una dama rígida y apergaminada. Formaban, pues, una pintoresca pareja, que hubiera hecho reír a otro

hombre menos prudente que Cristobalón. Pero el muchacho, en vez de reírse se apiadó de aquellas pobres personas que trataban de sujetar a la indómita jaca sin conseguirlo. El llevaba un ramo de flores en una mano y las bridas en la otra, ella un abanico. La jaquita saltaba de derecha a izquierda y de delante atrás, coceaba y resoplaba, poniendo en peligro a los que ocupaban el coche, y muy especialmente, al sombrero de copa del caballero, que parecía empeñado en no mantenerse en su sitio.

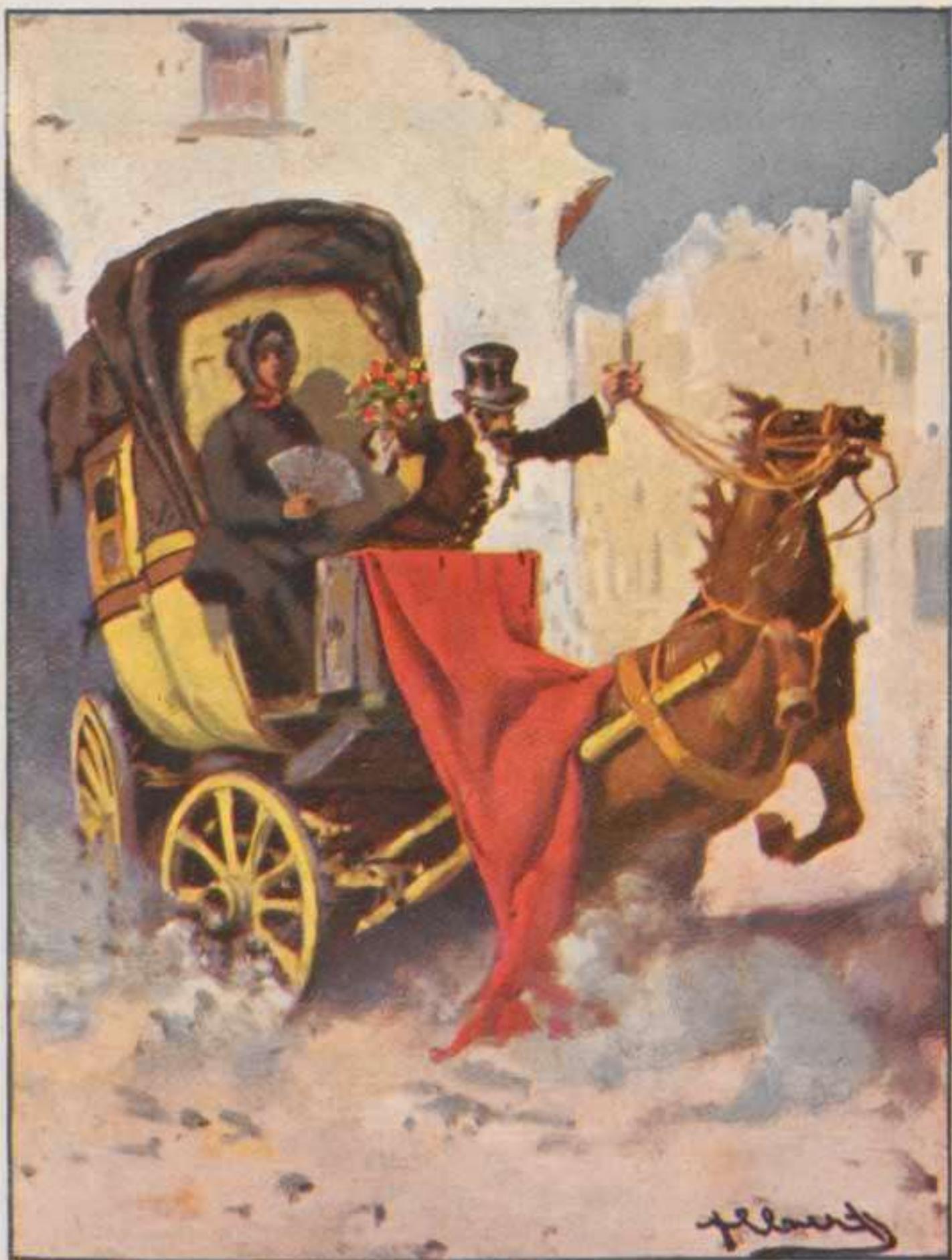
Por fin, el animal se apaciguó y Cristobalón se acercó al vehículo.

—Si quieren ustedes, yo puedo guardarles el coche—dijo quitándose la gorra.

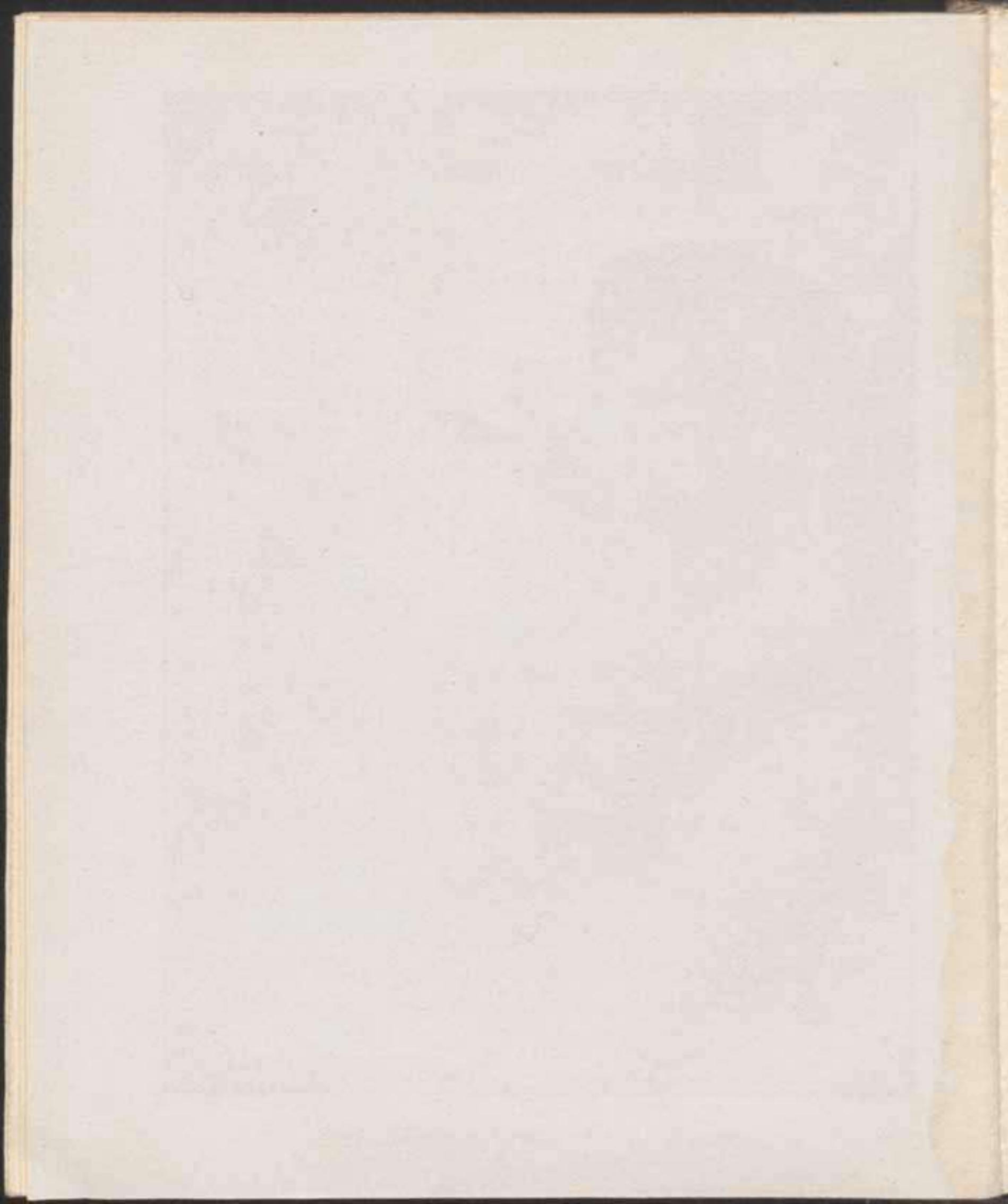
—No vamos a bajar aquí—repuso el caballero—. Si quieres ganarte una propina, síguenos hasta la calle inmediata.

Cristobalón aceptó gustosísimo, y cuando el vehículo se detuvo definitivamente, ayudó a bajar a los señores, los cuales se introdujeron en un portal donde había una placa que rezaba : «Notaría».

Estuvieron allí un buen rato, y cuando vol-



... coceaba y resoplaba poniendo en...



vieron a salir, Cristobalón se apresuró a ayudarles a subir al coche, gorra en mano.

Desde el pescante, el caballero tendió a Cristobalón una moneda de plata y le dijo :

—Si la semana que viene quieres ganarte otra propina igual, está aquí a la misma hora.

—¡ Ya lo creo que estaré !—repuso el muchacho.

Díjole adiós el señor con la mano y él se encaminó a su casa con más prisa que de costumbre.

—¡ Madre, madre ! ¡ Tenemos dinero !—dijo al entrar.

Y la madre recibió la moneda con gran alegría, al mismo tiempo que dirigía una mirada al niño que dormía en la cuna.

Pero Cristobalón volvió a ponerse triste en seguida y esta tristeza se contagió a la madre, la cual, conociendo las causas, preguntó :

—¿ Es que no has sabido nada de ellos ?

—Nada, madre.

—No desesperes, hombre, no desesperes. Volverán.

—Pero ¿ cuándo ? Hoy hace justamente una semana que desaparecieron sin dejar rastro.

—Ten paciencia. Se han alejado de Londres nada más que para una temporada. Cuando el corazón haya cicatrizado, cuando en el pecho de esa pobre niña y en el de ese infeliz anciano se haya dormido la pena, volverán.

—Dios te oiga, madre.

Ya no se habló más del asunto. Pero Cristobalón, al día siguiente, y todos los días, pasó más de una vez por delante de la tienda del anticuario. Nada. Sólo aquel cartelito, ya amarillento, que rezaba: «Se alquila».

Transcurrida una semana, Cristobalón se plantificó ante la notaría en que ocho días atrás guardara el coche de la rígida pareja.

Esta no tardó en aparecer (él, con su ramo de flores, y ella, aferrada al abanico), sobre el ligero cochecillo, al que la nerviosidad de la jaca ponía en peligro constante.

Cristobalón se adelantó, sujetó al animal y condujo hábilmente el vehículo al borde de la acera.

—¡Hola!—exclamó el caballero—. Veo que eres un hombrecito formal.

—Le dije a usted que vendría y he venido—dijo Cristobalón.

—Ya veo, ya veo que sabes cumplir con tu palabra.

Y sin pronunciar una sílaba más, muy tieso y muy grave, ayudó a bajar a su esposa y entró en el portal de la casa del notario.

Como éste vivía en un entresuelo, Cristobalón pudo oírle exclamar:

—¡Caramba, señores Garland! Hoy se han retrasado ustedes un poquito.

«Ya sé el nombre», se dijo Cristobalón, «Garland, Garland», y lo repitió una y otra vez para que se le quedara bien grabado en la memoria.

Cuando los señores de Garland salieron, Cristobalón abrió solícito la portezuela.

La dama subió, pero el caballero se detuvo.

—No te voy a dar propina ninguna—dijo al muchacho.

—Está bien—repuso éste.

—¿Tienes padre?

—No, señor. Murió no hace mucho tiempo.

—¿Y madre?

—Sí, señor. Y hermanitos.

—¿De qué vivís?

Cristobalón, se encogió de hombros.

—Ahora, señor, de lo que podemos. Antes trabajaba en una tienda de antigüedades.

—Bien. ¿Quieres apuntarme tu nombre y tus señas en un papel?

—¿Ahora?

Ahora mismo.

Cristobalón satisfizo en el acto los deseos del caballero, y después, se quitó la gorra atentamente.

El cochecillo se alejó y el muchacho emprendió el regreso a su casa.

Cuando llegó a ésta, le sorprendió ver el vehículo de los señores Garland a la puerta, y aún quedó más sorprendido cuando entró y oyó que su madre le decía que aquellos caballeros necesitaban un criado y se quedaban con él.

Los señores de Garland salieron después de las despedidas de rúbrica, y entonces Cristobalón supo de labios de su madre que le darían por sus servicios seis libras esterlinas al mes.

La cantidad pareció a Cristobalón tan fabulosa, que comenzó a saltar y a gritar de alegría.

—¡Seis libras, madre, seis libras!

Y cuando más entusiasmado estaba, oyó que una voz conocida decía tras él.

—¿Quién es el que te da seis libras? ¿El anticuario, tal vez?

Cristobalón se volvió. Era el enano Quilp, y le acompañaba Ricardo, el joven que trataba de hacer un matrimonio de conveniencia con Elenita.

Cristobalón quedó perplejo ante aquel pequeño monstruo que le miraba con su peculiar sonrisa.

—Vamos, di — gritó Ricardo autoritariamente—. ¿Qué sabes de los desaparecidos?

—Nada, señores. ¿Y ustedes?

—¡Oh, qué impertinencia!—bramó el enano—. ¿Crees que si supiéramos algo vendríamos a preguntarte?

—Pues no sé nada.

—¡Vete al cuerno!—rugió el enano.

—¡Muy malas noches!—saludó el pretendiente de Elena.

Y ambos salieron a la calle apresuradamente.

Una vez en la puerta, Quilp dijo a su compañero:

—Me apena no saber nada de ese pobre viejo ni de su infeliz nieta, porque les profesaba verdadero cariño.

—Y yo también.

—Lo creo. Por lo que he podido ver, los estimaba usted muy de veras.

Ricardo contestó con un lacónico sí. No quería soltar su secreto tan de buenas a primeras. Pero el enano, astutamente, añadió:

—Puesto que somos compañeros de infortunio, consolémonos unidos y a un mismo tiempo. Si no tiene usted nada que hacer ahora, le llevaré a una taberna que hay a orillas del Támesis y en la cual se bebe el mejor aguardiente del mundo.

—Vayamos. Efectivamente, yo también tengo necesidad de ahogar mis penas.

Una vez allí, Quilp no tuvo más que hacer un guiño al camarero para que éste le sirviera una gran botella del aguardiente más fuerte, otra de agua y dos vasos.

Cuando Ricardo se hubo bebido un par de ellos, el enano preguntó:

—¿De modo que usted estimaba mucho al viejo?

El joven, al que la taberna comenzaba a darle vueltas, se inclinó hacia Quilp y con un entusiasmo sólo posible en un embriagado, comenzó a decir :

—Se lo voy a contar a usted todo. Yo no quería al viejo : quería a la niña. Pensaba casarme con ella para hacerme con el dinero del viejo. ¿No le parece a usted que es una idea ingeniosa?

—Ingeniosísima.

—Pero todos estos magníficos planes se han venido a tierra.

—¿Cómo a tierra? ¿Acaso la niña y el abuelo han muerto? Usted se casará con Elena. ¡Vaya si se casará!

—¿Usted cree?

—Tengo la seguridad más absoluta ; porque yo le ayudaré.

—¿Usted?

—¡ Palabra de honor ! Ahí va mi mano.

Sellaron el pacto con un violento apretón y salieron de la taberna.

Cuando se separaron para dirigirse a sus respectivas casas, el enano se frotó las manos con anticipado regocijo y exclamó :

—Ahora sabrá ese mozalbete lo que cuesta propinarle un puñetazo a Quilp, como el que él me propinó a mí la otra mañana. ¡Ya lo creo que se casará! Pero veremos qué impresión recibe cuando, una vez unido a ella de por vida, se entere de que la angelical criatura está más pobre que las ratas.

Y, volviendo a frotarse las manos se detuvo ante la puerta de su casa, abrió sin hacer ruido y subió de puntillas.

Así lo hacía siempre, con objeto de castigar a su suegra si la sorprendía hablando mal de él.

## VI

### LAS FIGURAS DE CERA

Cuando Elena y el abuelo comenzaban ya a sentir cansancio, divisaron a lo lejos, al pie de una montaña, uno de esos grandes carros-habitaciones que suelen usar las compañías de circo ambulantes.

Atardecía ya, y Elena, temiendo tener que pasar la noche en el campo, dirigió a su abuelo hacia el punto en que se veía el voluminoso vehículo.

No se trataba de uno de esos carromatos sucios y desvencijado que sirven de hogar a algunas familias de gitanos. Por el contrario, las ventanillas estaban cubiertas por lujosas cortinas y en la puerta trasera había un aldabón dorado, limpio y brillante.

Esta puerta no estaba cerrada, y al borde del umbral veíase a una gordísima señora que engullía a dos carrillos, sentada en un taburete, y frente a un gran tambor que le servía de mesa.

Al ver a Elena y a su abuelo dejó de comer y los hizo subir al carro, con grandes muestras de alegría.

Tanto el abuelo como la nieta quedaron desconcertados, pero la voluminosa dama les explicó en el acto el misterio.

—Yo, les conozco a ustedes—dijo—. Anoche les vi en la feria.

—¡ Ah ! ¿ Trabajaba usted allí también ?

La dama dirigió a la niña una mirada furibunda.

—¿ Tengo yo cara de poderme mezclar con esos artistas de tres al cuarto que invadían la población ? No, señorita, no. Estuve en la feria por puro recreo.

—Perdóneme usted, señora, si la he ofendido—dijo la niña.

El rostro de la dama se endulzó repentinamente y dió muy gustosa el perdón, manifes-

tando a punto seguido que, al ver a la niña vendiendo flores, se compadeció de ella.

—¿Verdad—terminó—que no es ese tu oficio?...

Elenita respondió ampliamente a la pregunta, declarando que, si bien jamás habíase visto precisada a implorar la caridad pública, ahora no tenía más remedio que hacerlo, si no quería ver morir de hambre a su abuelito y morir ella misma. Le contó también su encuentro con Tomás y Enrique y la ayuda que estos artistas les prestaron, acompañándoles a la feria.

La dama acogió con un gesto de desdén los nombres de los propietarios del teatrillo de títeres, pero muy interesada por todo lo demás que la niña le había relatado, les invitó a cenar.

Al efecto, colocó sobre el tambor toda clase de viandas, buscó otro taburete y bajó del carro para que los invitados comieran más a sus anchas.

Acto seguido, llamó:

—¡Jorge! ¡Jorge!

De entre unos matorrales próximos salió

un hombre con un plato en una mano y una botella en la otra.

—¿Has terminado ya?

—Sí, señora.

—Bien, pues prepárate para partir.

Después preguntó a la niña.

—¿Hacia dónde van ustedes?

—Hacia el pueblo próximo .

—Entonces, vengan en el carro, pues allí es donde tengo que exponer yo mis figuras de cera.

La singularidad de este espectáculo fué explicada una hora después por la dama, mientras el abuelo dormía a pierna suelta y el espacioso vehículo rodaba a lo largo del oscuro camino.

Era propietaria de más de cien figuras de cera, de tamaño natural y todas ellas, reproducción fiel de personajes famosos. Las figuras, cuyo transporte requería cuatro vehículos tan espaciosos como aquél, estaban ya en la población a que se dirigían.

—¿Y esas figuras las expone usted al público?—preguntó la niña.

—Naturalmente. Esas figuras las expongo al

público explicando yo misma los personajes que representan.

Hizo una pausa y añadió :

—A propósito : ¿Quieres trabajar?

—¿Trabajar?

—Sí, ayudarme. Tengo un corazón muy sensible y me he compadecido de tu suerte. Si aceptas el cargo que generosamente te ofrezco, no te faltará nada.

La niña, por toda respuesta, dirigió una mirada a su abuelo, el cual continuaba profundamente dormido.

—Para tu abuelito también habrá trabajo —le advirtió la dama, interpretando aquella mirada certeramente.

—De todas formas, señora—dijo Elenita— aunque agradezco de antemano su generoso ofrecimiento, he de consultarlo con él.

Continuaron charlando y, cuando el abuelo despertó, la niña le habló de la protección que les brindaba la dama. El anticuario se limitó a decir que haría lo que ella dispusiese. Y ella aceptó.

Era ya muy entrada la noche, cuando el ve-

hículo se detuvo en el límite del pueblo, junto a un gran edificio, que debía de ser la iglesia.

\* \* \*

Antes de que la niña se acostara, aconteció algo que la llenó de inquietud. Se le había ocurrido bajar del carro para tomar un poco el fresco, cuando oyó una voz conocida y terrible. Se volvió rápidamente y en la penumbra pudo columbrar al enano Quilp, el cual increpaba a un muchacho que le seguía, con un gran baúl a cuestas.

Protegida por la obscuridad, retrocedió poco a poco y se ocultó detrás del carro.

No respiró hasta que Quilp hubo pasado y desaparecido en la estrecha calleja en cuya desembocadura habíase detenido el hogar ambulante.

Llena de agitación y espanto, la niña subió al vehículo y después de echar un vistazo a su abuelo, se fué al departamento de la dama, a cuyo lado se echó, jurándose no decir nada al anticuario del inquietante arribo de Quilp.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el carro fué conducido al pueblo y, después de dejarlo guardado en una posada, los viajeros se dirigieron al local donde ya estaban instaladas las figuras de cera.

En la puerta se leía un gran cartel con letras doradas que anunciaba el espectáculo.

### **Figuras de cera de la señora Barley**

**Arte - Cultura - Perfecta reproducción**

**CIEN PERSONAJES CÉLEBRES**

La señora Barley hizo entrar a abuelo y nieta, y aleccionó a ésta acerca de cómo debía dar a conocer al público los inanimados personajes.

—Verás.

Y, tomando una varita que había en la plataforma, sobre la cual se alineaban las figuras, comenzó a declamar, señalando una de ellas :

—He aquí al tristemente famoso criminal Manoslargas, el cual dió muerte a un pueblo entero y cometió mil robos en una semana.



Lo que lleva en la mano es el último objeto que substraño del maletín de unos viajeros que se dirigían tranquilamente hacia una playa veraniega. Admiren, señores, la perfecta reproducción de estos largos dedos capaces de contener de una sola vez doscientas libras esterlinas.

Sin variar de tono, relató las fechorías de tres o cuatro malhechores más y las heroicidades de media docena de reyes, y dió por terminado el ensayo.

Al día siguiente, éste se repitió, y al otro, durante la inauguración. Elenita obtuvo un verdadero éxito como explicadora de proezas y de fechorías.

La recaudación fué espléndida.

Aquella noche, Elenita y su abuelo, a más del regalo de una cena succulenta, recibieron cinco chelines de manos de la señora Barley.

## VII

### EL PERSONAJE MISTERIOSO

Ahora, recuerde el lector al leguleyo que ayudó a Quilp a desvalijar la tienda del anticuario.

El procurador, el cual llamábase Bras, vivía en uno de los más pobres suburbios de Londres con una hermana suya llamada Sara.

Era ésta una solterona de armas tomar, seca, fea, larguirucha y con un mal genio inaguantable.

En sus trabajos de curial, prestaba a su hermano una eficaz ayuda y, aún nos atreveríamos a decir que el procurador, sin ella, no hubiera sido nada.

Como es sabido, el mejor cliente de Bras, era el enano Quilp. Este habíase presentado

hacía dos días en casa del procurador, indicándole la conveniencia de que tomara un ayudante a su servicio.

—Para ayudar a mi hermano me basto yo —había dicho Sara con su acostumbrado mal talante.

Pero Quilp, sonriendo, había respondido :

—No pregunto si se bastan ustedes o no. Digo simplemente que deseo que tomen a su servicio, como escribiente, a un muchacho que pasado mañana les recomendaré.

Estas palabras habían sido pronunciadas con un tonillo tan inquietante, que Sara no se atrevió a replicar y el procurador apresuróse a prometer al enano que haría lo que él ordenase.

El día fijado para la presentación, Sara se mostraba de un humor de mil diablos y el procurador trabajaba con ahinco, deseoso de alejar de su alma el terror que le producían siempre las visitas del enano.

Al fin, apareció éste en compañía de Ricardo, el interesado pretendiente de Elena, que no era otro el pasante impuesto por Quilp.

Ricardo no comprendía con qué intención

aquel irrisorio enano se empeñaba en solucionarle la vida, pero no por eso tuvo reparo alguno en aceptar su protección.

Con su peculiar desenvoltura, saludó a Bras y a su hermana cuando Quilp hizo las presentaciones, y exclamó al punto :

—¡ Pronto ! Mi mesa. ¿ Dónde he de sentarme para trabajar ?

Se le condujo a su mesa-escritorio y comenzó a escribir febrilmente, después de recibir del procurador las debidas instrucciones.

Este se fué con el enano, dejando a Ricardo sólo con Sara, la cual, abandonando de pronto su pupitre, anunció que tenía que marcharse también para realizar algunas compras.

—A su cuidado queda la casa—dijo a Ricardo.

—Muy bien, señorita—dijo éste sin dejar de escribir.

Mas cuando oyó que se cerraba la puerta de la calle, arrojó lejos de sí la pluma, se puso en pie de un salto y comenzó a dar brincos y a vociferar, expansión que reclamaban imperiosamente, tanto sus músculos como sus pulmones.

Después de dar por el despacho unos cuantos paseos, salió al balcón y allí estuvo un buen rato, contemplando la calle.

Cuando se cansó, volvió a sentarse a su mesa y la emprendió con el arte pictórico. Llenó dos pliegos de caricaturas de Sara y de Bras, labor que realizó mientras silbaba aires populares e himnos revolucionarios.

De pronto, sonaron en la puerta dos formidables golpes. Ricardo decidió no abrir, conviniendo consigo mismo que él era pasante y no portero de Bras, pero los porrazos se repitieron y el joven dejó las caricaturas, dirigiéndose a la puerta del piso, con ánimo de decir alguna palabra dura al estrepitoso visitante.

Al abrir, casi se dió de narices con un señor fornido y de mediana edad, que le preguntó sin decir siquiera buenos días.

—¿Cuánto vale el cuarto?

—¿Qué cuarto?—preguntó el pasante lleno de extrañeza.

—El que alquilan ustedes.

—Aquí no se alquila ningún cuarto.

—Entonces, ¿qué hace aquí este rótulo?

Ricardo miró en la dirección que el visitante le indicaba.

Efectivamente, en la puerta del piso había un cartelito colgado que rezaba: «Se alquila habitación a hombre solo».

Ricardo, rindiéndose a la evidencia, hizo pasar al caballero y se dedicó a la busca de la habitación que ofrecía la familia Bras.

Las recorrió todas y después, abriendo la puerta de una de las más independientes y la mejor amueblada, dijo:

—He aquí el aposento.

—¿Qué vale?

Ricardo vaciló un instante.

—Cinco libras mensuales—dijo al fin.

—Está bien; me la quedo.

Y después de asomarse a la escalera y hacer subir a un hombre que llevaba a cuestas un gran baúl, dijo a Ricardo:

—Tenga usted. Pago adelantado dos meses, o sea diez libras.

Acto seguido, se volvió al mozo, el cual ya había dejado el mundo en la habitación, y le dió una crecida propina.

Cuando el hombre se hubo marchado, el

extraño huésped dió por terminada su conversación con Ricardo, diciéndole :

—Voy a dormir. Que no se me moleste.

—Oiga usted—suplicó el pasante—. Yo no soy el dueño del piso y...

—¿Quién le pregunta a usted nada?

—Es que ...

—Vaya. He tenido mucho gusto...—y dió a Ricardo con la puerta en las narices.

Cuando el procurador estuvo de vuelta recibió una gran alegría al saber que la habitación estaba alquilada por cinco libras mensuales. El precio que Bras pensaba cobrar por ella no pasaba de la mitad, y el billete de diez libras que le entregara Ricardo, llenó en su bolsillo un vacío considerable.

Llegada la hora de comer, Ricardo salió de casa del procurador y se fué a su restaurante económico. Volvió al despacho puntualmente, recibiendo por primera providencia la noticia de que el huésped no daba señales de vida.

—Es natural—repuso Ricardo—. Vendría cansado del viaje.

Pero durmiendo siguió al anochecer, cuando

el pasante terminó su obligación, y durmiendo seguía a la mañana siguiente, cuando el joven, con perfecta puntualidad, ocupó su puesto en el despacho del procurador.

—¿No le parece a usted extraño?—le preguntó Bras.

—No, señor—repuso Ricardo escuetamente.

—¡Lleva durmiendo veinticuatro horas!

—Yo me tumbaría ahora y no me movería hasta pasado mañana.

—Sin embargo...

—Esperemos un par de horas más, ¿no le parece?

—Esperemos.

Pero transcurrieron las dos horas y el huésped no daba señales de vida.

En vista de ello, se debatió largamente acerca de lo que convenía hacer.

—Yo creo—dijo por fin, Ricardo—que lo más conveniente sería despertarlo.

—Pero, ¿quién se atreve?

—¿Le tiene usted miedo?

—¿Quién?... ¿yo?... ¡Vamos! Ahora le demostraré a usted si le tengo miedo.

—Esperen ustedes un momento—dijo Ricardo corriendo hacia el despacho.

Cuando reapareció, iba provisto de una larga regla y de un fuerte taburete.

—¡Vamos!

Y rompió la marcha. Bras y su hermana le siguieron.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación del durmiente, quedaron un momento indecisos, pero, al fin, Ricardo resolvió:

—Cuando yo golpee la puerta, ustedes gritan y dan con el pie en el suelo.

Así lo hicieron. El joven levantó el taburete y lo descargó una y otra vez contra la puerta, mientras Sara y el procurador pataleaban y vociferaban.

Guardaron después silencio, pero el huésped no demostró darse por enterado de la llamada.

—Hay que repetir con brío—dijo Ricardo.

Y de nuevo armaron un ensordecedor estrépito.

Pero esta vez, la puerta se abrió cuando menos lo esperaban, lo que hizo salir de estampía al procurador y a su hermana. Esta se en-

cerró en el despacho y dió dos vueltas a la llave; aquél no cesó de correr hasta que se vió en el arroyo.

Así pues, Ricardo quedó solo ante el energúmeno, aunque teniendo buen cuidado de jugarvisiblemente con la regla.

El huésped, el cual llevaba una bota en la mano, seguramente con la intención de arrojársela a alguien a la cabeza, se encaró con Ricardo y le preguntó con voz terrible:

—¿Ha sido usted el autor del estrépito?

—He tomado parte en él—repuso Ricardo tranquilamente.

—¿Y cómo se han permitido ustedes atentar contra mi reposo?

—Temíamos que le hubiera sucedido algo malo. Lleva usted veintiséis horas durmiendo.

El huésped quedó estupefacto.

—¡Veintiséis horas!

—Más bien más que menos, señor.

El huésped se echó a reír.

—Siendo así, comprendo lo que han hecho ustedes. ¿Quiere usted entrar?

Ricardo, que se moría de curiosidad, no esperó que la invitación se repitiera.

El huésped abrió primero el balcón y después el baúl. De éste extrajo una especie de cocinilla, donde echó alcohol y preparó en un santiamén, abriendo y cerrando llaves y departamentos una comida completa.

—Ahí tiene usted carne, huevos y café. Coma y beba cuanto guste. También tengo cerveza y ron—dijo sacando dos botellas del gran baúl.

Ricardo estaba admirado. Y como a la vez estaba hambriento, la emprendió sin contemplaciones con los huevos y la carne, se bebió media botella de cerveza, dos copas de ron y una taza de café.

Acto seguido, el huésped comenzó a hacerle una serie de preguntas sobre los dueños de la casa y los que concurrían a ella, y Ricardo respondió a las demandas con tal lujo de detalles, que el desconocido, encantado, exclamó :

—¡ Admirable ! Usted y yo vamos a entendernos muy bien. Ahora tenga la bondad de dejarme solo.

—Bien, señor—repuso Ricardo— ; pero yo quisiera, por si llegara alguna carta...

—¡No llegará ninguna carta!—replicó el huésped recobrando su mal genio habitual.

—Por si preguntaran por usted...

—¡Nadie ha de preguntar por mí!

—Piense usted, señor, que, no sabiendo su nombre, podemos cometer algún error.

—¡No cometerán ustedes ningún error!

Y volvió a darle con la puerta en las narices.

Cuando Ricardo volvió al despacho, el procurador y su hermana se abalanzaron sobre él y comenzaron a hacerle preguntas.

El pasante explicó todo lo que había visto, añadiendo que en modo alguno logró arrancarle el nombre.

Esto desilusionó a Sara y al leguleyo, los cuales reanudaron su interrumpida labor, cada vez más preocupados por el misterio del huésped.

En Ricardo, la preocupación era más leve. La comida había sido espléndida.

\* \* \*

Una de las mayores aficiones del extraño

personaje la constituían los teatrillos de títeres. Cada vez que en la calle sonaba el tambor de los artistas callejeros, asomábase al balcón, les hacía intalarse bien cerca, y, sentado en una butaca, estaba un buen rato viéndoles trabajar. Después, les hacía subir y les daba una copa de ron y un cigarro puro, además de pagarles espléndidamente.

Una de las veces, ocurrió algo que merece relatarse con más lujo de detalles.

Apenas resonó en la calle el redoble característico, el huésped se asomó al balcón y comenzó a llamar a voz en grito a los artistas.

Estos acudieron solícitos, ante el afán que el caballero demostraba por verles.

Cuando la representación hubo concluído, el huésped aplaudió con entusiasmo y les arrojó una libra esterlina.

Al ver la moneda de oro, el que manejaba los muñecos hizo una profunda reverencia, mientras su compañero se limitó a llevarse la mano a la gorra.

—¡Suban ustedes!—les dijo el huésped, enseñándoles una botella de ron.

Los artistas se apresuraron a obedecer, y

momentos después, charlaban y bebían en compañía del espléndido caballero.

—¿Cómo se llaman ustedes?—les preguntó.

—Yo Tomás—dijo el menos expansivo.

—Y yo Enrique—dijo el más dicharachero.

Pues ha de saber el lector que aquellos artistas eran los bohemios que condujeron a la feria a Elena y a su abuelito.

—¿Y de dónde vienen ustedes?—siguió preguntando el anfitrión.

—¡Uy!—contestó Enrique—. Hemos hecho un gran recorrido. Ultimamente estuvimos en una feria que se celebró por allá.

Y tendió el brazo, como si con este sólo ademán bastara para indicar en qué punto había-se celebrado.

—¡Estarán ustedes muy cansados!

—Yo, sí señor—repuso Tomás—, pues siempre voy con la caja auestas. Pero éste...

—Yo tengo que manejar los monigotes—replicó Enrique.

—Tú no haces más que dormir.

—¡Embustero!

—Recuerda, recuerda quién se durmió, co-

respondiéndole velar, cuando se nos escaparon el abuelo y la nieta.

Al oír esto, el huésped dió un salto y se abalanzó sobre los artistas.

—¡ Ustedes, ustedes son los que yo buscaba! ¡ Vamos, pronto, por favor! ¿Qué ha sido del abuelo y de la nieta?

—¿Lo ves?—dijo Enrique a Tomás—. ¿No te dije yo que los buscarían? ¿No te...?

Pero el hombre misterioso no le dejó continuar. Lo cogió de las solapas y repitió ávidamente la pregunta.

Enrique, ante la insistente demanda, repuso que nada sabía de ellos a la sazón. Le acompañaron hasta la feria, pero de allí desaparecieron como por encanto.

El huésped, descorazonado, se derrumbó en una butaca.

—No obstante, señor—prosiguió Enrique—, conocemos a un tal Jerry, domador de perros, el cual nos contó que, días después, les había visto en una exposición de figuras de cera.

El huésped volvió a recobrar los ánimos.

—¿Está en Londres Jerry?

—No señor, pero llegará mañana.

—Bien, bien ; entonces, ustedes se encargarán de presentarme a él, ¿verdad?

—Con mucho gusto.

—Pues ahí va otra libra y hasta mañana. Vengan ustedes a buscarme.

Los artistas se lo prometieron repetidas veces hasta que, empujados por el misterioso huésped, llegaron a la puerta, la cual se cerró tras ellos.

—¡Hasta mañana, señor!—dijeron aún desde fuera Enrique y Tomás.

Pero el señor no les oyó. Estaba profundamente conmovido y reconcentrado en sus pensamientos.

## VIII

### LA P STA

Cristobalón prestaba ya sus servicios en casa de los señores de Garland. Tanto éstos como aquél, estaban satisfechísimos del hallazgo.

Cristobalón había dado con la mejor casa. Los señores de Garland, con el mejor criado.

El muchacho se cuidaba de todo. Lo mismo se metía en la cocina para vigilar a la cocinera y ayudarla, que arreglaba el jardín y cuidaba de la indómita jaca, la cual, por cierto, simpatizaba con él, hasta el punto de que no había en el mundo animal más manso cuando oía la voz de su amigo.

Pero lo que más vivamente atraía la atención de Cristobalón en la finca de los señores Garland, era Luisa, una doncellita joven y bella, con la que hizo desde un principio muy buenas migas.

Dos días después del encuentro del misterioso huésped con Tomás y Enrique, aquél se presentó en casa del señor Garland, al que preguntó :

—¡ Hay aquí un muchacho que se llama Cristobalón ?

—Sí, señor.

—¿ Es usted su dueño ?

—Para servir a usted.

—En este caso, señor, he de pedirle un gran favor. Necesito disponer de Cristobalón por unos días. Es un asunto importantísimo para él, relacionado con cierta tienda de antigüedades...

—Conozco la historia. Cristobalón profesa a sus antiguos dueños un cariño sin límites. ¿ Acaso se sabe algo del abuelo y de la nieta ?

—Mucho.

Pero el tono en que fué pronunciada esta palabra, demostró al señor Garland que el desconocido deseaba guardar la mayor reserva sobre el particular.

—Si desea usted hablar con él, le llamaré en el acto.

—Se lo agradeceré mucho.

—Y, francamente, le concedo cuantos días de permiso necesite. Es un muchacho que ha sabido conquistarse mi afecto y no puedo desear más que su bien.

Y haciendo sentar al huésped, salió en busca de Cristobalón.

Este compareció en seguida. El desconocido personaje lo hizo sentar a su lado y le dijo de buenas a primeras :

—Tenemos una pista de los fugitivos.

—¿De Elena?

De Elena. Ayer hablé con Jerry, un domador de perros, que me ha indicado dónde se hallan el abuelo y la nieta en este momento.

Cristobalón lanzó una exclamación de alegría, mas en seguida cambió de expresión y se quedó mirando fijamente al caballero.

—Bien, pero ¿usted quién es?

—Eso no le importa a nadie. Conténtate con saber que voy en busca de los fugitivos para salvarlos. Tú tampoco quedarás descontento. Quiero saber si puedo disponer de ti en cuanto te necesite.

—Si mis amos lo permiten, cuando usted quiera.

—Tus amos lo permiten. Ya he hablado con ellos.

—Entonces...

—Ya vendré a buscarte. Pero te recomiendo que no digas nada a nadie hasta que yo te avise. ¿Lo harás?

—Lo haré; le doy a usted mi palabra.

El desconocido se puso en pie, disponiéndose a marcharse. Cristobalón le acompañó hasta la verja.

Allí se repitieron los saludos y el huésped se fué, dejando al muchacho desconcertado aún por la inusitada revelación.

\* \* \*

Cuando Cristobalón cerró la verja y se fué hacia la casa, el enano Quilp, apareció en la esquina inmediata, desde donde había estado espiando, y se dijo:

—¿De modo que es Cristobalón quién vive aquí y es a Cristobalón a quien el extraño personaje ha venido a ver?

Y deteniéndose un instante, con gesto reflexivo, añadió:

—¡ Bien, Quilp, bien ! Eres un hombre de suerte.

Cuando el enano se enteró de la desaparición del anticuario y, precisamente en el momento en que empezaba a trasladar los muebles y todas las existencias de la tienda de antigüedades, habíase presentado un individuo preguntando con gran interés por el viejo y por la niña. Quilp, en su afán de hacer daño a todo el mundo y con una instintiva desconfianza hacia el visitante, había contestado con evasivas, y aunque el caballero se alejó en el acto de la tienda sin hacer comentario alguno, el enano se dijo que no convenía perder de vista a aquel hombre. Pero ya lo había perdido. De aquí que, cuando en una de sus visitas a Bras, quisiera el azar que viera al misterioso huésped en el balcón, recibiera una gran alegría, al advertir que era el mismo hombre que se presentara tan de improviso en la tienda.

No dijo nada en casa del procurador. Quilp no revelaba sus secretos mientras no fuera necesario. Procuró hacer averiguaciones acerca del huésped, y en vista de que ni la familia

Bras ni Ricardo sabían nada de él, no volvió ni siquiera a mencionarle.

Por fin, aquella tarde habíaselo tropezado casualmente en la vía pública y consideró conveniente seguirle.

Cuando le vió entrar en la villa de los Garland, se escondió en la esquina próxima y allí permaneció hasta que le vió salir en compañía de Cristobalón.

—Esto se pone interesante—se dijo—. Sin duda alguna, el huésped de Bras es un decidido protector del anticuario, y será capaz de dar con él y de solucionarle su difícil situación. Pero, ¿para qué estoy yo aquí?

\* \* \*

A la tarde siguiente, volvió a presentarse el huésped de Bras en casa de los señores de Garland y, ante ellos, requirió a Cristobalón que se preparara para acompañarle.

—¿Adónde?—preguntó el muchacho.

—¿Adónde ha de ser? Al punto en que se hallan en este momento el abuelo y la nieta.

Cristobalón miró a sus amos.

—Vé—dijo el señor Garland—. Gustosamente te concedemos un permiso ilimitado.

—Muchas gracias, señor Garland. Pero sucede, caballero—añadió volviéndose hacia el huésped de Bras—, que mi compañía le será muy poco útil.

El huésped se llevó las manos a la cabeza.

—¡ Señor, señor! ¡ Cuánta dificultad! Después del trabajo que me ha costado averiguar la existencia y el paradero de este muchacho, me sale con que su compañía no ha de serme útil. ¡ Pero ven aquí, hombre de Dios! Ni Elena ni su abuelo me conocen. ¿ No comprendes, pues, que debo ir acompañado de una persona que les inspire confianza?

—Es que yo al abuelo no le inspiro ninguna. Al contrario, y aunque injustificadamente, me profesa un rencor sin límites.

—¡ Entonces—exclamó el huésped, cada vez más indignado—resulta que, sabiendo el paradero de ellos, no podemos ir en su busca.

Cristobalón quedó pensativo un instante.

—¿ Y si le acompañara mi madre?

—¿ La conocen?

—Ya lo creo.

—¡Entonces estamos al cabo de la calle!  
Anda, ve por tu madre en un vuelo.

Cristobalón salió como un rayo, y media hora después, lograba convencer a su madre de que debía prepararse para la marcha.

La pobre mujer, que en su vida había salido del barrio en que residía, tomó el viaje tan en serio como si se marchara al Polo Norte, y antes de dejar la casa, dió más de cien abrazos a cada uno de sus hijos y se despidió llorando de sus vecinas, a las que encomendó el cuidado de sus hijos menores.

Ni al dejar la casa de los señores Garland, ni al salir ahora de la suya acompañado de su madre, Cristobalón habíase dado cuenta de que el enano Quilp le espiaba.

Este, apenas vió partir a la pareja, se apresuró a hacer indagaciones en el vecindario, pero, no logrando averiguar hacia qué punto iba a dirigirse la viajera, hubo de suprimir aquellas pesquisas con objeto de llegar a las inmediaciones de la casa de Garland antes que la madre de Cristobalón y este mismo.

El viaje fué para la pobre mujer un continuo sufrimiento. La mareaba el traqueteo de

la silla de posta y no cesaba de pensar en sus hijitos.

—Alégrese, señora—le dijo muchas veces el huésped de Bras—. ¿A santo de qué esa cara tan triste?

—¿Volveremos pronto, señor?—respondía la mujer invariablemente—. Mis hijitos están solos, y el chiquitín ¡es tan llorón!

—Regresaremos en seguida. Pero, dígame usted, ¿son muy pequeños sus hijos menores?

—El uno ha cumplido ya cinco años; el otro, no tiene más que uno.

—¡Caramba, caramba! ¿Y viven ustedes de lo que gana Cristobalón?

—Algo ayudo yo cosiendo.

—¡Ah, eso no puede ser! Hay que asegurar el porvenir de esos niños. Ya me cuidaré yo de eso a la vuelta.

Al fin, llegaron a la población donde se celebraba la exposición de figuras de cera. Se apresuraron a dirigirse al local donde se exponían las figuras y preguntaron por la dueña. Esta, que se hallaba en aquel momento ensayando nuevos discursos, salió con la varita en la mano.

—¿Qué desean ustedes?—dijo con voz áspera.

—Que nos entregue usted en el acto a la niña y al viejo que la acompañan—repuso el huésped de Bras.

—¿La niña Elena?—dijo la matrona, en tanto que su mal humor se trocaba en curiosidad.

—Precisamente.

—Pues hace dos días que no están aquí.

—¡ Se han marchado !

—Sí señor—dijo la voluminosa señora un poco amedrentada ante el gesto terrible del visitante—. Pero... verá usted... no tuve más remedio que despedirlos. Estuvieron dos días sin comparecer por aquí... Salieron de paseo y les sorprendió una tormenta que duró cuarenta y ocho horas. Hubieron de refugiarse, lo comprendo, pero yo, entre tanto, perdí más dinero del que había ganado en todo el año. ¿Son ustedes de la familia?

—¿Adónde se han ido?—preguntó el huésped de Bras ferozmente.

—¡ Oh, no sé, señor !

—¿No sabe?, ¿no sabe usted ni siquiera qué dirección tomaron?

—No, señor.

—¡Oh, es usted una piltrafa de feria!

Y, a continuación, comenzó a vomitar insultos que acabaron por rendirle.

Cuando, del brazo de la madre de Cristóbalón, se retiró al hotel, estaba tan nervioso, que tenía fiebre.

—¿Ha visto usted, señora, qué suerte? Estamos abandonados de la mano de Dios.

La infeliz mujer quiso procurare algún consuelo, pero sus torpes palabras no lo lograron.

En esta triste situación regresaron a Londres.

Tan preocupados estaban, que no repararon en que en la misma diligencia, volvía también a la urbe el enano Quilp.

Este espía, este monstruo que había seguido todos sus pasos, felicitábase del fracaso con que el diablo pagó los buenos propósitos de aquel hombre misterioso y magnánimo y de aquella santa y afligida mujer.

## IX

### EL LADRÓN

Una de las preocupaciones inmediatas de Quilp fué la de hacer algún daño a Cristobalón, aquel joven que un día le llamó adefesio y que ahora estaba en pleno triunfo. Todos le querían. Le protegían todos. Aquello no podía ser. Había que tramar algo definitivo que lo hundiera para siempre.

Al efecto, invitó a comer a Bras y le expuso un plan diabólico. El procurador trató de resistirse, pero Quilp le amenazó con no darle un asunto más y ello le puso en el trance de obedecerle.

A raíz de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior, el huésped misterioso contra-jo una enfermedad que le obligó a guardar cama.

Ello daba lugar a que diariamente le visitase Cristobalón y alguna que otra vez el señor Garland. El huésped solía reclamar también la presencia de Ricardo y el joven acudía siempre solícito.

Ricardo simpatizaba con el huésped y hábale tomado afecto. El dependiente de Brasa era un tarambana, pero, en cuanto a sentimientos, poco podía reprochársele. El personaje misterioso, comprendiéndole así, le dejó franca desde el primer día la puerta de su habitación mientras a los dueños de la casa ni les miraba a la cara siquiera.

Como hemos dicho, raro era el día en que Cristobalón no iba a visitar al huésped, bien en nombre del señor Garland o bien por su propia cuenta.

Una tarde, a la hora de la habitual visita, el procurador fingió encontrarse casualmente con Cristobalón en la escalera.

—¡Hola amiguito! Cuánto tiempo sin vernos. ¿Qué? ¿cómo te va en casa de los señores Garland?

—Muy bien — repuso Cristobalón disponiéndose a seguir su camino.

—¿Pero dónde vas tan de prisa? Oye, oye, hijo mío. Yo te debo una satisfacción y te la voy a dar. Fuí duro con tus antiguos amos, pero has de tener en cuenta que la ley es inflexible. Obré así porque tal era mi deber. Digo esto porque veo que no me miras con buenos ojos, y ello me duele. Si de mí dependiera, no haría más de cuatro cosas de las que hago. No me guardes rencor. Sé que eres un buen chico y quiero ser amigo tuyo.

Estas palabras conmovieron a Cristobalón el cual, después de estar un rato charlando con el procurador, se dijo que habíase equivocado respecto a la calidad de aquel hombre.

Al día siguiente, Bras, apenas oyó el rodar del cochecillo del señor Garland se asomó al balcón. Esta tarde el caballero subió y Cristobalón se quedó al lado del vehículo.

—¡Qué caballo tan hermoso!—dijo el procurador dirigiéndose al cochero.

Cristobalón agradeció en el alma el encomio dirigido a la jaquita, una de las cosas más queridas para él.

—¡Come muy bien!—repuso.

—Ya se ve, ya se ve que la cuidas como si fuera una persona.

—Sí, señor, la quiero mucho.

—¡Bien, hombre, bien!—dijo Bras sonriendo seráficamente.

Y tras una pausa añadió:

—He oído cerrarse una puerta. Debe de ser tu amo, que baja.

—Seguramente.

—Bien, pues entonces, hasta mañana... ¡Ah, oye, entra en mi despacho, que te he de regalar un libro!

—Gracias anticipadas, señor Bras.

Veinticuatro horas después, el procurador estaba solo en el despacho. Había enviado a Ricardo al otro extremo de Londres para que entregara unos documentos de importancia a un caballero, y Sara estaba también de compras.

De pronto oyó unos golpecitos discretos en la puerta.

—¡Adelante!

Y apareció Cristobalón.

—¡Mi querido amigo!—exclamó el procurador—. ¡Hombre, ahora precisamente esta-

ba pensando en ti! He buscado el libro que te prometí y no lo encuentro.

—¡Bah, no se preocupe! De todas formas, muchas gracias.

—No, no. De ninguna manera. Lo prometido es deuda. Toma los cinco chelines que vale el libro y cómpratelo. Se titula: «El ganado caballar en los tiempos de la dominación romana»... Claro que si prefieres emplear los cinco chelines en otra cosa, allá tú.

Cristóbal trató de rehusar, pero el procurador insistió de tal modo, que se vió precisado a guardarse los cinco chelines.

—¿Qué, has visto ya al huésped?—preguntó Bras.

—No, señor. Todavía no.

—Ah, pues por mí no te entretengas. Mañana será otro día. Por cierto que mañana te agradecería que trajeras el cochecillo. Quiero ver de cerca a la jaca.

Desde entonces, no dejó de charlar un solo día con Cristobalón. Y como la mayoría de las tardes, Ricardo y Sara estaban ausentes, la conversación se celebraba en el despacho, pues no convenía dejarlo solo.

Una de las veces, el procurador dijo a Cristobalón.

—¡Hombre, haz el favor de quedarte al cuidado del despacho un instante! Vuelvo en seguida.

Cristobalón prestó gustosamente el servicio y volvió a prestarlo en tardes sucesivas.

Una mañana, cuando Ricardo llegó a casa de Bras, Sara, que ya ocupaba su puesto, le preguntó:

—¿Ha visto usted mi lápiz de plata, Ricardo?

—No, señorita.

—Es raro.

—Hay en el mundo muchas cosas que no he visto.

—Es que ayer ya eché de menos el cortaplumas que hacía juego con el lápiz.

—¿Cómo pierde usted las cosas?

—No las pierdo. Estoy segura de que ayer tarde, antes de salir, el lápiz estaba sobre mi mesa.

En esto entró el procurador.

—¿Qué sucede?—preguntó al verlos tan preocupados.

—Hermano mío—repuso Sara—. ¿No has notado tú la falta de objetos o de dinero estos últimos días?

—¡Caramba, sí! ¿Tú también? ¿Y usted, Ricardo?

Este se palpó instintivamente los bolsillos.

—Yo no. ¿Qué me pueden quitar a mí?

El procurador y Sara quedaron profundamente pensativos.

Ricardo les miraba atónito.

—¿Cómo es posible?—repetía—. Porque aquí no entra nadie, ¿verdad?

—Aparte nosotros—repuso el procurador—, sólo Cristobalón, alguna vez que otra.

Sara dió una tremenda palmada sobre la mesa.

—¡Ese! ¡ese es!

El procurador y Ricardo salieron en defensa del muchacho.

—¡Qué ocurrencia! Cristobalón es incapaz.

—Cristobalón es un hipócrita, que engaña con su carita dulzona.

—¡No, mujer, no. ¡Qué disparate!

No se habló más del asunto.

Aquella tarde, Bras entró en el despacho

cuando ya ocupaban sus puestos Ricardo y su hermana.

Llevaba en el bolsillo un periódico, y al extraerlo, arrastró a un billete de diez libras, que cayó al suelo.

Ricardo se lo advirtió, y el procurador lo recogió y lo dejó sobre la mesa.

—No lo deje usted ahí—le advirtió el dependiente—. Se lo pueden robar.

—¡Bah!—sonrió el procurador—. Eso equivaldría a sospechar de usted, cosa que yo no puedo hacer jamás.

Dejó, pues, el billete sobre la mesa e inmediatamente envió a Ricardo a uno de aquellos recados que le retenían toda la tarde fuera del despacho.

Sara se fué también, como de costumbre.

A media tarde, oyó el retumbar del cochecillo del señor Garland. No se asomó al balcón ni le llamó al oírle entrar en el piso. Pero cuando terminó su acostumbrada visita al huésped misterioso, tuvo buen cuidado de que no se le escapara.

—¡Cristobalón!—le llamó apenas oyó cerrarse la puerta del cuarto.

El muchacho entró con la gorra en la mano, y Bras, después del saludo, le preguntó :

—¿Quieres cuidar del despacho un momento? Vuelvo en seguida.

Cristobalón tenía mucha prisa, pero accedió servicialmente. Durante la espera, paseó nerviosamente por el cuarto, dejó la gorra sobre la mesa y se asomó al balcón.

Bras volvió en seguida.

—Me parece que mi huésped te llama.

Cristobalón salió a comprobarlo y volvió también inmediatamente.

—No me llamaba, señor Bras.

—¿Ah, no?

—No, señor—y añadió en el acto— : Hoy tengo mucha prisa.

—Pues no te entretengas, y gracias por el favor.

—¡ De nada, no faltaría más ! Que usted siga bien.

—Igualmente. Hasta mañana.

El muchacho cogió la gorra y salió de estampía.

En la puerta, casi se tropezó con Ricardo y Sara, que entraban en aquel momento.

—¿Dónde iba ese muchacho tan de prisa?  
—preguntó la dama cuando estuvo en el despacho.

—Señores—dijo Bras por toda respuesta—: acabo de comprobar la desaparición de un billete de banco.

—¿El de diez libras?—preguntó Ricardo con asombro.

—El mismo.

—Supongo que ahora—dijo Sara con sarcástica sonrisa—no dudarás de que el ladrón es ese golfo que acaba de salir.

—¡Pero si no puede ser!—dijo el procurador.

—Lo que debéis hacer, en vez de perder el tiempo en exclamaciones inútiles, es ir en su busca. Si no es él el ladrón, que lo demuestre.

—Eso está bien pensado—convino Ricardo.

—Ciertamente—dijo el procurador.

Y salieron en busca de Cristobalón al que lograron alcanzar antes de que llegara a casa de los señores de Garland.

—Cristobalón—dijo el procurador, tembloroso—. Perdona, hijo, pero se sospecha que has

cometido un robo, y es preciso que demuestres lo contrario.

El muchacho tembló de pies a cabeza.

—¡ Un robo ! ¿ Yo ?

—Anda, vamos a casa y allí te defenderás y nos convencerás de tu inocencia.

Cristobalón se resistía, pero Ricardo intervino :

—Es preferible. De otro modo siempre quedaría la duda.

—Bien. Acabemos de una vez—dijo Cristobalón dejándose conducir.

Cuando llegaron al despacho se procedió al cacheo.

Entre Ricardo y Bras le volvieron del revés los bolsillos y le palparon el pecho y las piernas.

—Mientras yo examino las mangas—dijo el procurador—mírele usted la gorra, Ricardo.

Obedeció el pretendiente, el cual, a los dos segundos de tener la gorra en sus manos, lanzó un grito.

—¡ Aquí está !

—¡ Dentro del forro !—exclamó Sara.

Todos quedaron perplejos, pero especial-

mente Cristobalón, el cual había visto con sus propios ojos cómo Ricardo extraía el billete del forro de la gorra.

—¿Cómo podía estar ahí ese billete?—exclamó, blanco como el papel.

—¡Oh desilusión!—declamó Bras—. ¡Allí donde cree encontrar uno una persona honrada!...

—¡Eh, guardia!—se oyó vociferar a Sara, que se había asomado al balcón.

Subió el agente de la ley y después de escuchar el relato del suceso de labios de Sara, dijo:

—Lo llevaré al juzgado, pero es preciso que me acompañen ustedes.

—Con mucho gusto—aceptó Bras.

—¡Qué remedio queda!—dijo Ricardo.

—Vamos—ordenó Sara.

Cuando iban a salir, oyeron que el huésped misterioso preguntaba desde la puerta de su habitación:

—¿Qué sucede?

Bras se apresuró a acudir a la llamada, deteniendo a Cristobalón, que trató de tomarle la delantera.

El procurador explicó a su huésped las cosas a su modo y volvió a reunirse después con el grupo.

—Se resistía a creerlo—manifestó—pero no ha tenido más remedio que rendirse a la evidencia.

Cuando estuvieron en la calle, Cristobalón solicitó que le permitieran hablar con los señores de Garland antes de ir al juzgado. Sara trató de oponerse, y el procurador tampoco estaba muy conforme, pero al fin se rindieron a las protestas del muchacho.

Los señores Garland se resistieron a creer en que Cristobalón fuera un ladrón, pero no hallaron modo de defenderle, pues el joven, noblemente, reconoció que llevaba el billete en el forro de la gorra.

De pronto, abrióse una puerta y apareció Luisa. Estaba pálida, desencajada. Arrodillándose ante el grupo y derramando abundantes lágrimas, exclamó:

—¡ Es inocente ! ¡ Es inocente ! Algún malvado le habrá puesto el billete en la gorra.

Cristobalón le dirigió una mirada llena de ternura y de gratitud.

Pero el guardia, con la severidad que correspondía a su cargo, la apartó a un lado y arrastró al detenido hacia la cárcel pues como no existía demostración alguna de su inculpabilidad, Cristobalón fué detenido.



## X

### EL TRILINFO DE LA VERDAD

De buena mañana, Quilp recibió la visita del procurador.

—¿Qué hay?—le preguntó de mal talante.

—Ya está todo hecho.

—Bien, ¿y qué?

Bras se rascó la frente.

—Andamos muy mal de dinero, señor Quilp.

—Y yo también.

—No obstante, desearía...

—No desee usted nada. Es inútil. Lo que debe hacer es ahorrar.

—¡Ahorrar! ¿Ignora usted, señor Quilp, que en mi casa se le dan cien vueltas a una moneda antes de gastarla? Observe usted que

le obedezco en todo. Me ordenó que tomara a Ricardo como dependiente y...

—¡ Ah, despídalo, despídalo ! Si quise que estuviera en su casa era para tenerle siempre vigilado y sujeto. Pero ahora mis planes han variado. Debe usted despedirle.

—Pero... ¿ dinero ? ...

—¡ Ni un penique ! ... Y váyase usted en seguida, que estoy muy ocupado... ¡ Ah, desde hoy, voy a instalarme en mis oficinas del puerto para siempre ! Estoy ya harto de mi mujer y de mi suegra. De modo que si para algo me necesita, ya sabe que tiene que cruzar el Támesis, sea la hora que sea.

El procurador salió de casa de Quilp mohino y cabizbajo.

Cuando llegó a su despacho, arrojó el sombrero sobre la mesa y refirió a Sara la entrevista que acababa de tener con el enano.

Esto dió lugar a una discusión tan violenta que durante cinco minutos estuvieron temblando las paredes de toda la casa.

En este momento llegó Ricardo, el cual, prudente y discreto, no quiso intervenir en asuntos de familia y aguardó en la estancia

contigua, determinando no entrar hasta que hubiera pasado la nube.

Pero he aquí que la conversación tuvo de pronto un giro interesantísimo. Ricardo prestó atención.

—Ya te decía yo—exclamó Bras—, que no sacaríamos nada metiéndonos en este lío.

—¡Bah! ¡Cómo variáis de pensamiento los hombres! ¿No decías tú mismo que no teníamos cliente como el enano?

—Me parece que es el único que tenemos.

—¿Entonces?

—¡Es que eso de meterle a un muchacho un billete en la gorra para después acusarlo de ladrón, es muy grave!

—Más grave es que nos quedemos sin comer.

—De todas formas, ese Quilp es un bandido. Nos prometió mucho y no nos da nada.

—Bueno, bueno. Menos discutir y más trabajar.

Y sepultó la cabeza en los papeles, comenzando a escribir con velocidad inusitada.

Ricardo, que no había perdido una sílaba

de la conversación, abrió la puerta y entró en el despacho.

El procurador se le quedó mirando sorprendido.

—¿Por dónde ha entrado usted?

—Por la puerta—respondió secamente Ricardo.

—¿Sin llamar?

—Estaba abierta.

Bras pensó que, efectivamente, no la habría cerrado al entrar, pues venía demasiado preocupado de la entrevista con Quilp, y antes de que Ricardo ocupara su puesto le dijo:

—Amigo mío: Sara y yo hemos pensado que un joven del talento de usted no debe perder el tiempo ante un pupitre. Búsquese una colocación que esté de acuerdo con sus excepcionales facultades.

Ricardo le dirigió una mirada tan terrible, que el procurador no daba con los billetes que había de entregarle en pago de su último mes de trabajo, por mucho que se registraba los bolsillos.

Por fin, se los ofreció con mano temblorosa y Ricardo los cogió de un manotazo.

Aun dirigió a su jefe una mirada fulminante y otra a la solterona, antes de salir de la estancia dando un portazo que hizo temblar a todo el edificio.

En vez de dirigirse a la calle, se fué a la habitación del huésped misterioso.

—Acompañeme usted, que tengo que contarle algo muy importante.

El huésped se apresuró a coger el sombrero y los dos amigos salieron a la calle.

Las primeras palabras de Ricardo fueron:

—No me pregunte usted nada hasta que estemos en casa de los señores Garland.

Obedeció el huésped. Llegaron a la finca de dichos señores. Ricardo suplicó a Luisa que hiciera comparecer a su señor y a su señora, y cuando éstos acudieron y la doncella fué a retirarse, el joven la detuvo.

—No. Usted también ha de oírme.

Acto seguido, con tono solemne, explicó lo que acababa de oír en casa del procurador, repitiendo varias veces que fué el mismo Bras el que declaró haber introducido el billete en la gorra de Cristobalón.

Luisa se desmayó, la señora de Garland se

echó a llorar, su esposo elevó los brazos al cielo en acción de gracias y el huésped misterioso comenzó a decir a voz en grito que era necesario devolver en seguida la libertad a Cristobalón.

—Calma, mucha calma—recomendó Ricardo—. ¿Qué adelantaremos con denunciar el hecho? ¿Cómo podríamos demostrar que yo he escuchado tal conversación? A mi juicio, lo que se debe hacer es conseguir que Sara haga la denuncia.

—¡La hermana!—exclamó el huésped.

—Sí, señor—afirmó Ricardo—. La hermana es mucho peor que él, y si le prometemos no acusarla a ella si lleva a su hermano a los tribunales y le hacemos ver, al mismo tiempo, a lo que se expone en caso contrario, esa mujer, ese mal corazón, acusará a Bras.

—Lo difícil—dijo el señor Garland—es conseguir hablar con esa mujer a solas.

—Eso es lo más difícil—convino Ricardo—. pero también tengo pensado lo que debo hacer.

Y dirigiéndose a Luisa, que ya había recobrado el conocimiento, añadió :

—Vaya usted al despacho de Bras, pregunte por la señorita Sara y, cuando nadie pueda oírla, dígale que el señor Garland tiene que hacerle revelaciones importantísimas.

Los planes de Ricardo triunfaron en toda regla. Una hora después, comparecía la señorita Sara acompañada de Luisa.

—Siéntese, amiga mía—le dijo Ricardo—. Estamos enterados de todo y vamos a denunciarla a usted a los tribunales por haber hecho pasar por ladrón a quien no lo es. Ahora bien, hay un medio de que usted se salve, y ese medio es...

Ricardo hizo una pausa. La señorita Sara, que apenas pisara el umbral no sospechara nada bueno de aquella asamblea, estaba ahora blanca como la nieve, mientras en sus labios se acusaba un inusitado temblor.

—¡Pronto!—exclamó—. Diga usted cómo puedo salvarme.

—Denunciando a su hermano—dijo el ex dependiente.

—Pues bien...

Pero no pudo continuar. La puerta se abrió

de pronto y apareció el procurador en persona, el cual, plantificándose en el centro de la estancia, dijo :

Señores : no se extrañarán ustedes de que al ver salir de mi casa a mi hermaan con tanto misterio, la haya seguido, ni de que suponga para qué la han hecho venir. Además, he oído las últimas palabras de este joven y quiero evitar que mi hermana haga denuncia ninguna. Yo mismo lo confesaré todo. La necesidad me ha obligado a cometer las faltas más imperdonables, pero el que verdaderamente no tiene perdón de Dios, es Quilp ; ese pequeño monstruo, todo maldad, que aprovechándose de mi escasez me ha empujado por los peores caminos... Sí, yo fuí quien introdujo el billete en la gorra de ese desdichado muchacho, y como estoy profundamente arrepentido de ello, no tengo inconveniente ninguno en hacer esta declaración por escrito. Venga papel, venga pluma. Yo sabré demostrar que el verdaderamente culpable de todo ha sido el enano Quilp...

Y el procurador redactó el documento que

había de representar la libertad y la honra de Cristobalón.

\* \* \*

Era de noche cuando Quilp recibió de manos de un desconocido, la siguiente carta :

«Se ha descubierto todo. La policía lo buscará hoy mismo. Huya. *Sara.*»

Por primera vez en su vida, el enano Quilp se emocionó de verdad. Estaba en aquel momento leyendo un periódico festivo, y dejó el semanario para comenzar a preparar su equipaje inmediatamente.

La nerviosidad le hizo tropezar con el farol, el cual cayó de la mesa al suelo y se hizo añicos. No tenía en la oficina más luz y hubo de salir a tientas.

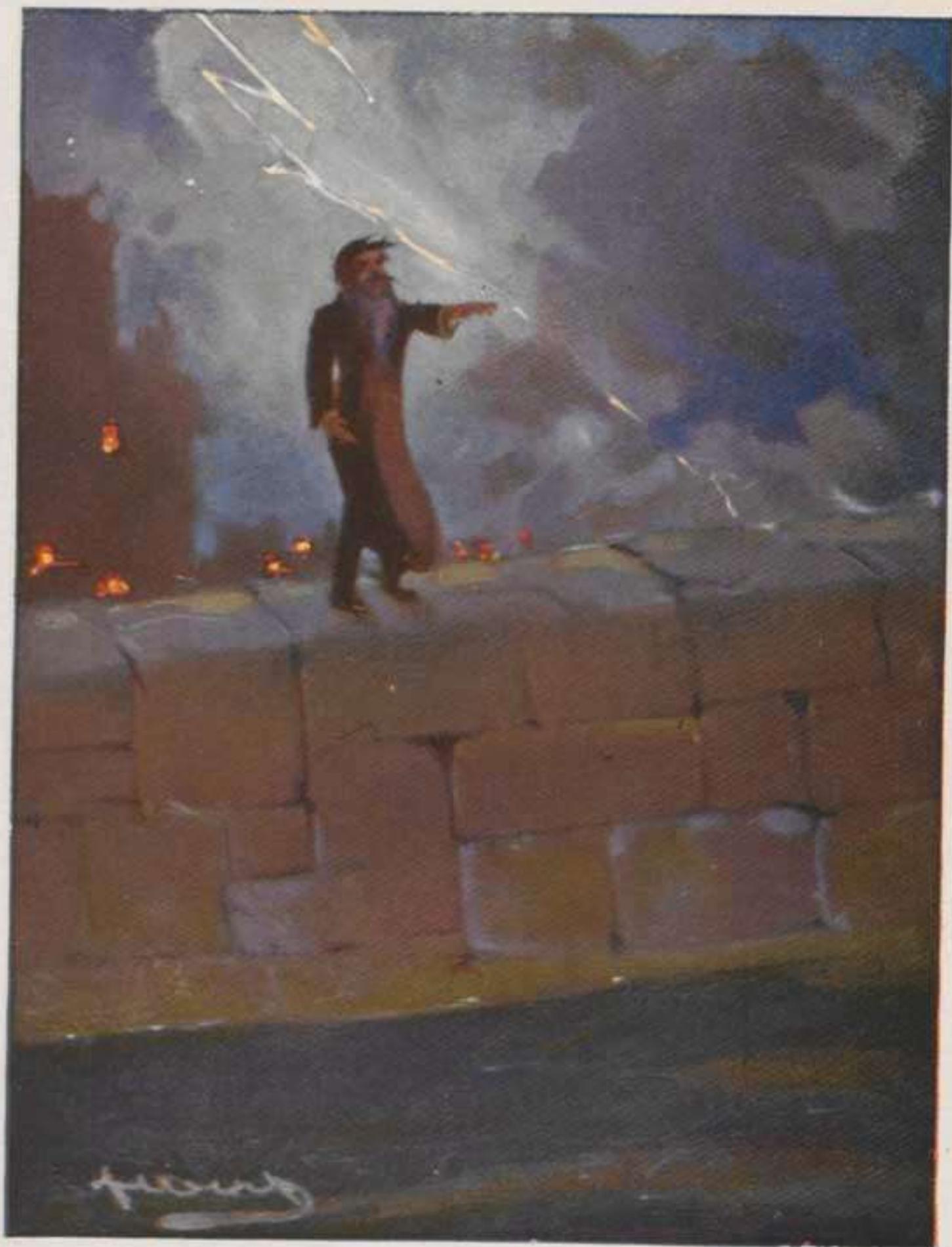
Otra sorpresa desagradable le esperaba. En aquella parte del muelle, no se veía una sola luz. Silbaba el huracán y acaso esto fuera la causa de que los pocos faroles que había en aquel extremo del puerto estuvieran apagados.

Muerto de miedo, con las manos extendidas, avanzó hacia el borde del muelle, por si las luces de la ribera opuesta le aclaraban algo aquel caos de tinieblas.

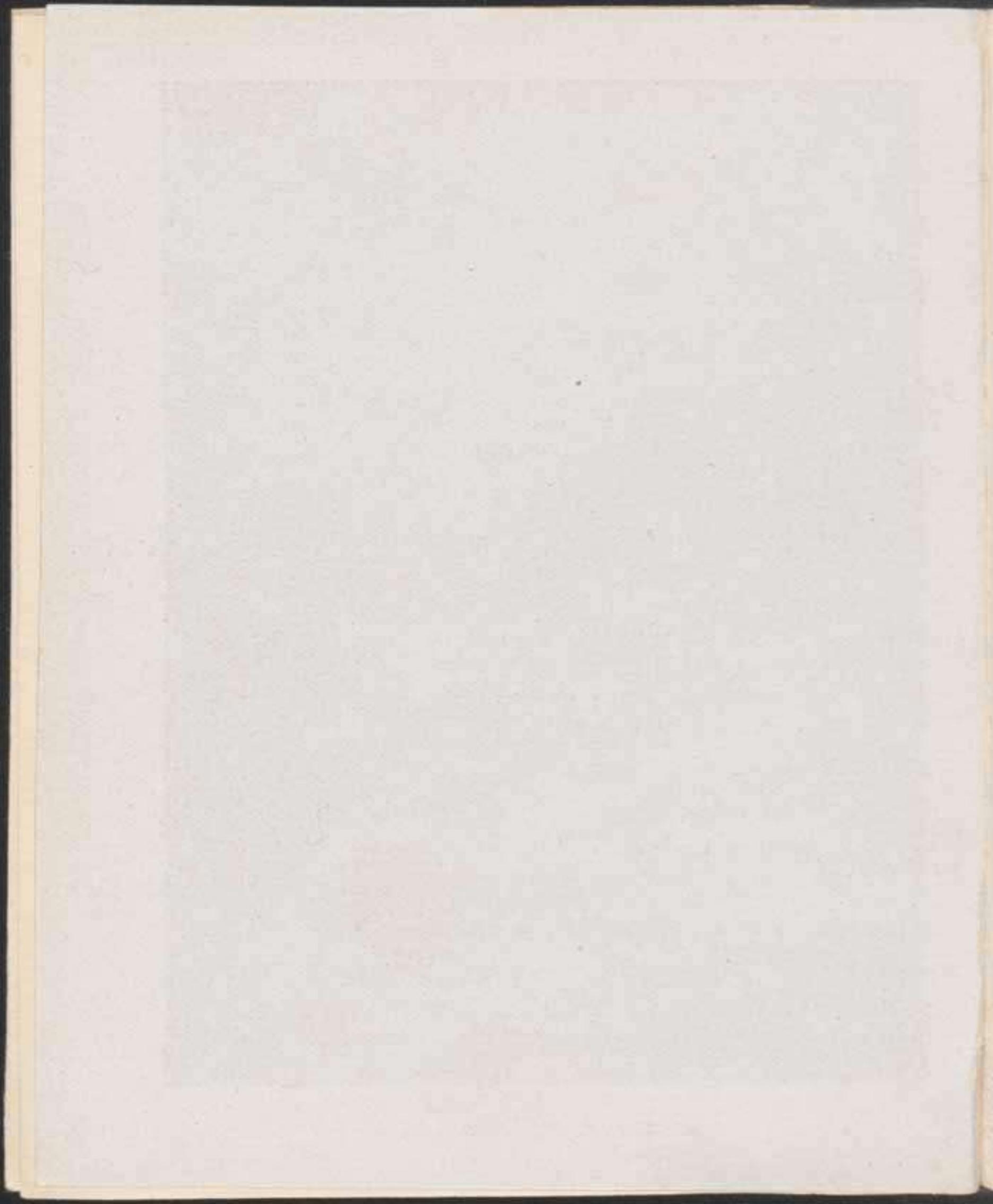
Pero midió mal los pasos, resbaló y cayó al caudaloso Támesis.

Gritó, luchó denodadamente con aquella corriente impetuosa. Mas todo en vano. Sus gritos se perdían en la noche obscura e inmensa. Sus brazos y sus piernas eran demasiado débiles para vencer a aquel diluvio horizontal.

Todo fué inútil. El enano Quilp desapareció en el negro abismo de las aguas, juez supremo de sus culpas.



Muerto de miedo con la...



## XI

### LA FELICIDAD VUELVE

El recibimiento que se le dispensó a Cristóbalón en casa de los señores de Garland fué memorable.

En la casa de éste estaban reunidos la madre, los hermanitos de Cristobalón, Ricardo el huésped misterioso, y los dueños de la casa. A Luisa, la más emocionada de todos, se le permitió también estar presente en el momento en que había de llegar el joven.

En la sala, sobre un velador había una gran bandeja de pasteles, y, sobre otro, buen número de botellas de licores diversos.

El huésped misterioso había perdido su mal humor habitual y se mostraba alegre y retozón como un niño.

A la pobre madre hubieron de darle azahar dos o tres veces para evitar un accidente nervioso, tal era la emoción que le producía la esperada vuelta de su hijo.

Al fin llegó el héroe. Se produjo una infernal gritería. Vítores y aplausos. Todos quisieron ser los primeros en abrazarle, pero él, abriéndose paso entre la multitud de brazos que se le tendían, corrió en busca de los de su madre, que, sin fuerzas para moverse, permanecía temblorosa en su puesto.

Después estrechó la mano de los señores de Garland, acto seguido las del huésped misterioso, y por fin, las de Ricardo.

Ya daba por terminados los saludos, cuando vió una blanca y tímida figurita que se apoyada en la sombra de la puerta.

—¡Luisa!—exclamó Cristobalón corriendo hacia ella.

Luisa, por toda contestación, hizo un puchero y se echó a llorar.

Después vinieron los regalos. El huésped misterioso se acercó al muchacho, y entregándole un precioso reloj de oro le dijo :

—Toma: en memoria de que siempre estuve convencido de que eras honrado.

Los señores Garland contribuyeron al homenaje con un valioso alfiler de corbata. La madre con un beso y Luisa con una mirada.

Finalmente, se dirigió Ricardo hacia él, con un cigarrillo en la mano.

—Toma. Quisiera regalarte mucho, pero no me llega para más.

Después de comer, beber y charlar alegremente, el huésped misterioso solicitó la atención de la asamblea con el gesto del que va a hacer una revelación muy importante.

—Señores—dijo—. Voy a explicar todo el misterio que a los ojos de ustedes me rodea. Yo, amigos queridos, soy hermano del anticuario.

Hubo un rumor de sorpresa en el auditorio, pero el huésped continuó impasible:

—Me lleva doce años. De aquí que, después de la muerte de mis progenitores fuera, más que un hermano, un padre para mí. Vivimos siempre en completa armonía. Hasta que el demonio quiso que ambos nos enamoráramos de una misma mujer. Apenas supe

que la mujer a la que yo amaba era la misma a quien adoraba mi hermano, me fuí a él, le expliqué lo que sucedía y huí a países lejanos. El se casó. Tuvo una hija. Murió su esposa. La hija se casó y le dió una nieta, muriendo meses después del dolor de ver morir a su esposo. Sólo en el mundo con la nieta, su fortuna—pues la tenía—fué menguando hasta el punto de que se vió precisado a hacerse comerciante para ganarse el pan y ganar también el de la nietecita. Entretanto yo fuí prosperando y cuando me vi en posesión de una considerable fortuna, volví a Inglaterra para reunirme con mi hermano. Y cuál no sería mi dolor cuando vi que la tienda de antigüedades estaba cerrada y que abuelo y nieta habían desaparecido. Pedí auxilio a un detective para que averiguara su paradero, pero este sólo supo decirme que los había visto en compañía de dos artistas ambulantes, los cuales se ganaban la vida con un teatrillo de fantoches. Lo demás ya lo saben ustedes. He aquí explicado todo el misterio.

Se oyó un hondo suspiro general. Todos miraron con curiosidad y admiración a aquel

hombre. Pero el señor Garland reclamó a su vez la atención del auditorio.

—Ahora me toca a mí—dijo—. Yo también tengo un hermano, un hermano bueno, honrado y trabajador que tiene el orgullo de no aceptar de mí la menor ayuda económica. Está de preceptor en un bello pueblo del Oeste, donde todos le quieren como a un padre y le veneran como a un santo. Bien, pues este hermano mío me habló en una de sus frecuentes cartas de cierta niña que andaba errante con su abuelo y que a la sazón se hallaban con él, muy bien cuidados y atendidos. Sospechando que eran el anticuario y su nieta contesté a vuelta de correo a mi hermano haciéndole un sin fin de preguntas respecto a sus huéspedes, y éste me contestó en seguida convenciéndome de que, en efecto, lo eran. Por lo tanto, ya, sólo nos resta ir en su busca. Y he pensado que para celebrar tan faustos acontecimientos, podíamos ir todos al pueblecillo del Oeste para pasar con nuestros fugitivos unos días en el campo antes de traérnoslos a Londres.

Si las revelaciones del huésped habían pro-

ducido estupor en la asamblea, éstas tuvieron efectos mucho mayores aún. Todos aplaudieron alegremente y aceptaron la proposición del viajecito de recreo.

Sólo una persona quedó triste después de las palabras del señor Garland. Y esa persona fué Luisa. Cristobalón aprovechando una oportunidad, se fué hacia ella y le preguntó:

—¿A qué viene esa cara tan triste cuando todo en esta casa es alegría?

Luisa tardó en responder, pero al fin, lo hizo.

—Pues viene a que el regreso de la señorita Elena te alejará de mí.

—¿Por qué?

—Porque la quieres.

Cristobalón se echó a reír.

—¡Bah! Ya caíste tú en el error de todos. Mucho quiero a la señorita Elena, muchísimo, pero no en la forma que imagináis. Yo no puedo ser nunca más que un criado suyo. ¿Cómo me iba a permitir levantar los ojos hasta una persona que no es de mi clase? La señorita Elena me quiere a mí como a un hermano, y yo a ella como... a eso, a mi

señorita. Mi amor hacia ti no tiene nada que ver con la respetuosa estimación que le profesó a ella... ¡Ya verás, ya verás qué contenta se pondrá cuando sepa que vamos a casarnos!

Luisa dejó de llorar comprendiendo que Cristobalón hablaba sinceramente y replicó con una sonrisa.

—¡Qué tonta, qué tonta he sido!



Cuando los expedicionarios llegaron al pueblo, el preceptor y sus huéspedes estaban sentados a la mesa.

El señor Garland hizo que los demás esperaran en la puerta y él penetró sin vacilar en el comedor. El maestro, al verle, dejó la cuchara en el plato y se quedó fijo en aquella forma humana que tan repentinamente se presentaba a sus ojos. Pero al ver que dicha forma le abría los brazos, se levantó y se arrojó sin vacilar a ellos. El abuelo y la nieta estaban perplejos.

El maestro, una vez se hubo repuesto de la

emoción, recibida, hizo las presentaciones. El señor Garland se sentó al lado de la niña e invitando a todos a que siguieran comiendo, comenzó a decir :

—¿De modo que esta es la niña de quien tantas alabanzas me has hecho?

—Es un ángel—repuso el preceptor.

—Oiga usted, señor—dijo de pronto el señor Garland, dirigiéndose al anticuario—: ¿Usted tiene un hermano, verdad?

El viejo se le quedó mirando con extrañeza.

—Sí, señor—repuso al fin—. Pero no comprendo cómo sabe usted...

—Ya se lo explicaré todo. Ahora no le diré más sino que le conozco a usted y que conozco a su hermano.

—¿Acaso está en Londres?

—Sí, señor ; le va buscando.

—¡ A mí !—exclamó el viejo sin poder disimular su emoción.

El señor Garland le dejó que se tranquilizara y al fin contestó :

—Sí, señor ; le busca. Y no está en Londres sino que está... aquí.

Y yéndose hacia la puerta dió una voz, a la que acudieron los viajeros.

La escena fué indescriptible. Bástenos decir que el preceptor y sus huéspedes no terminaron de comer hasta tres horas más tarde.

\* \* \*

Meses después vióse cruzar la urbe a una pareja cogida del brazo.

Se introdujeron en un espacioso portal y subieron al primer piso. Llamaron. Era una casa llena de lujo y fastuosidad, donde Cristobalón y Luisa, que no eran otros los que formaban la encantadora pareja, sentíanse cohibidos.

—¿Qué desean?

—Hablar con la señorita Elena.

La nieta del anticuario apareció en seguida. Sus facciones seguían siendo las mismas, tan dulces y bellas como cuando ayudaba a su abuelito en su negocio de antigüedades, pero del traje no podía decirse lo mismo. Ahora iba vestida como correspondía a una muchacha de su clase.

Al ver a la pareja, recibió una inmensa

alegría. Abrazó a Luisa efusivamente y estrechó las manos de Cristobalón.

—¡ Qué caros os hacéis de ver !

Los visitantes se disculparon echándole las culpas a sus muchos quehaceres.

De pronto entró el anticuario y Cristobalón se fué hacia él, no separándose en toda la tarde de su lado.

—¡ Soy muy feliz, soy muy feliz !—dijo el viejo varias veces a Cristobalón—. Soy muy feliz, porque veo que a mi nietecita de mi alma no le falta nada.

\* \* \*

Al salir de la casa se tropezaron con Ricardo, el cual se alegró también mucho de verles y les manifestó que Federico, el hermano de Elena, había sentado la cabeza y estaba haciendo fortuna en el país al que había emigrado.

—Yo, en cambio, he tenido una gran desgracia—terminó—. Mi tía Carlota, el único pariente que me quedaba en el mundo, ha muerto, dejándome toda su fortuna.



